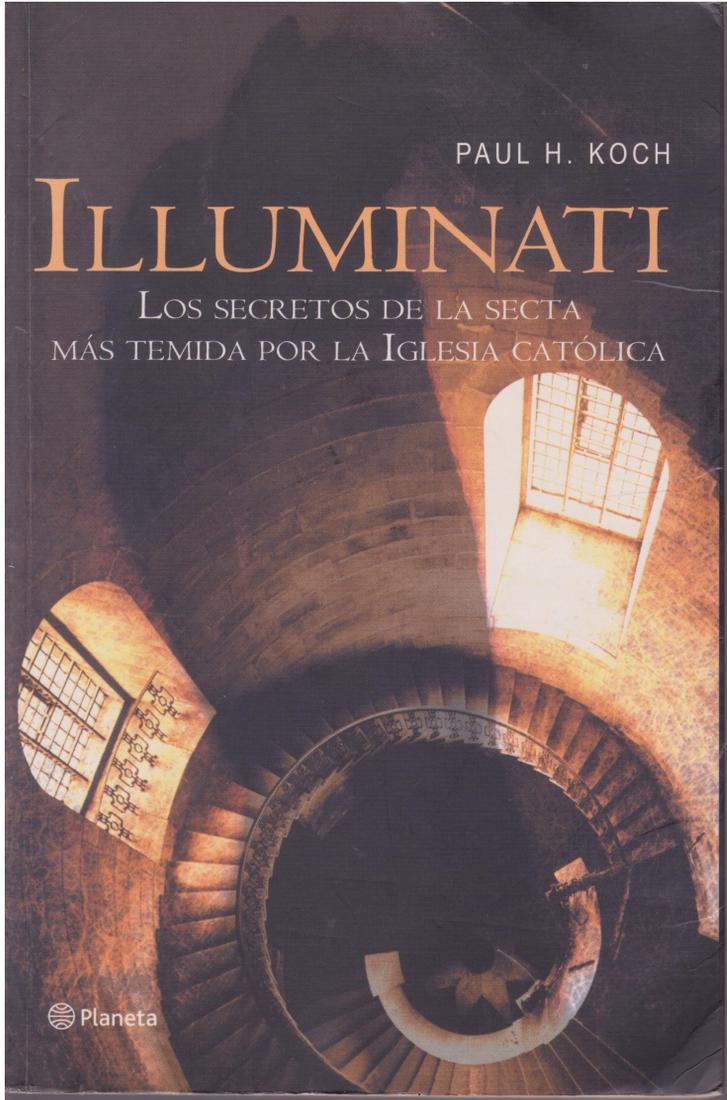


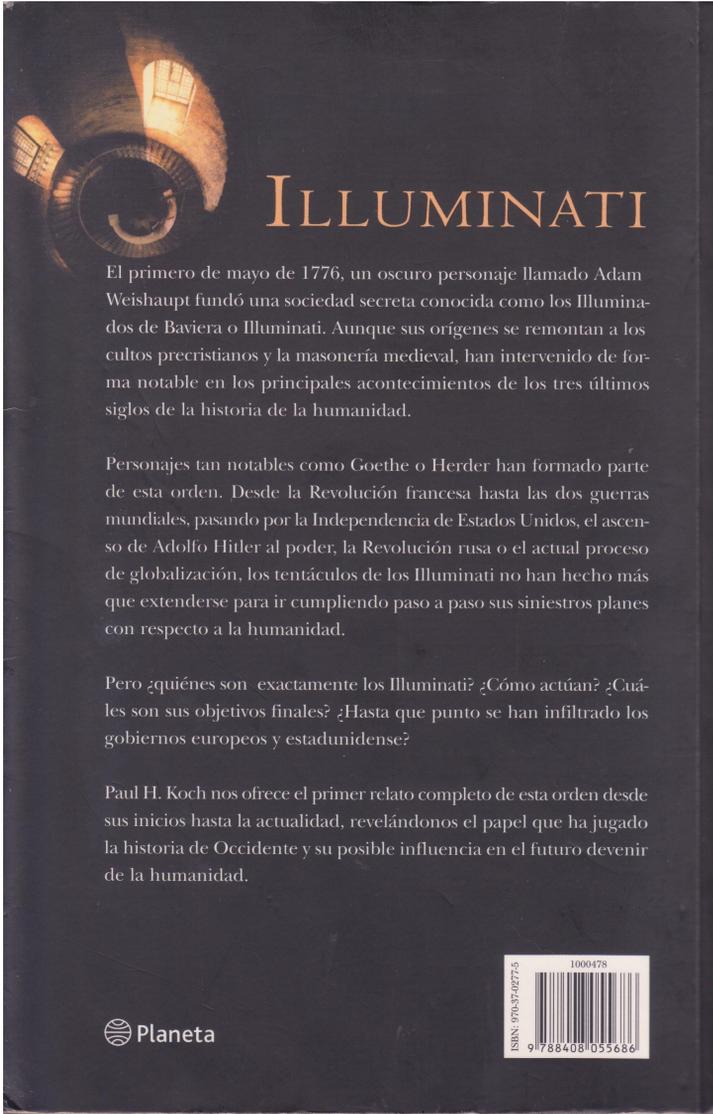
PAUL H. KOCH

ILLUMINATI

LOS SECRETOS DE LA SECTA
MÁS TEMIDA POR LA IGLESIA CATÓLICA

 Planeta





ILLUMINATI

El primero de mayo de 1776, un oscuro personaje llamado Adam Weishaupt fundó una sociedad secreta conocida como los Illuminados de Baviera o Illuminati. Aunque sus orígenes se remontan a los cultos precristianos y la masonería medieval, han intervenido de forma notable en los principales acontecimientos de los tres últimos siglos de la historia de la humanidad.

Personajes tan notables como Goethe o Herder han formado parte de esta orden. Desde la Revolución francesa hasta las dos guerras mundiales, pasando por la Independencia de Estados Unidos, el ascenso de Adolfo Hitler al poder, la Revolución rusa o el actual proceso de globalización, los tentáculos de los Illuminati no han hecho más que extenderse para ir cumpliendo paso a paso sus siniestros planes con respecto a la humanidad.

Pero ¿quiénes son exactamente los Illuminati? ¿Cómo actúan? ¿Cuáles son sus objetivos finales? ¿Hasta que punto se han infiltrado los gobiernos europeos y estadounidense?

Paul H. Koch nos ofrece el primer relato completo de esta orden desde sus inicios hasta la actualidad, revelándonos el papel que ha jugado la historia de Occidente y su posible influencia en el futuro devenir de la humanidad.

 Planeta



PAUL H. KOCH

ILLUMINATI

LA HISTORIA SECRETA DE UNA SECTA INFERNAL

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta - España

© 2004, Paul H. Koch
© 2004, Isabel Fuentes García, por la traducción
© 2004, Editorial Planeta, S.A. — Barcelona, España

Reimpresión exclusiva para México de
Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Avenida Insurgentes Sur núm. 1898, piso 11
Colonia Florida, 01030 México, D.F.

Primera edición (España): 2004
ISBN: 84-08-05568-2

Primera reimpresión (México): marzo de 2005
ISBN: 970-37-0277-5

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx
info@planeta.com.mx

Índice

Prólogo a la edición española

Introducción

En el principio

Tradición y antitradición

La Rosa y la Cruz

La Sinarquía blanca y la sinarquía negra

La masonería

La Camaradería francesa

La masonería moderna

El Iluminismo científico

PRIMERA PARTE

El origen de los Illuminati

Adam Weishaupt

Mi reino es de este mundo

La infiltración en la masonería

El principio del fin... o el fin del principio

Los Rothschild

Poderoso caballero...

El color de la revolución

Un ejercicio de estilo

La Revolución francesa

Preparando la revolución

La Gloriosa

La toma de La Bastilla

El irresistible ascenso de Napoleón Bonaparte

La herencia Weishaupt

La fórmula de Hegel
La guerra permanente
Socios de Lucifer
La independencia de Estados Unidos
Construyendo el Nuevo Mundo
Más ricos que Rockefeller

SEGUNDA PARTE

La Expansión de los Illuminati

La siembra...

Los precedentes del socialismo
El profeta

Y la cosecha

El Testamento de Satanás
La advertencia de Rasputín
La guerra que “acabará con todas la guerras”
El sueño hecho realidad

Inversiones exóticas

Se busca socio capitalista
Viejos conocidos

Alemania, año cero

La Unión Germana
La OTO de Theodor Reuss y Aleister Crowley

H de Hitler

El hombre predestinado
Los banqueros, Thule y el Vril
La Orden Negra
Llega el Séptimo de Caballería

2000 años después

Ad maiorem Gloria Dei
La obra del escribano

La cruz torcida

La extraña muerte del Papa “bueno”
 Los mercaderes del templo
 El porqué de un sando
 La rendición

TERCERA PARTE

Los Illuminati en la actualidad

Un nuevo instrumento

El golpe de Estado que nunca existió
 Tapando huecos
 La conjura de la isla de Jekyll
 Hasta el infinito y más allá...

Skull and Bones

Insignias de piratas
 Una tradición familiar
 Señales nocturnas

Círculos dentro de más círculos

Traspaso de poderes
 El hotel holandés
 Los tres lados del triángulo

El futuro es hoy

Los secretos del billete verde
 Caiga quien caiga
 El misterio del 11
 Los sucesores de Mengele
 El arma definitiva

Conclusión

Breve bibliografía orientativa para el lector español

¿Cuántos adeptos habría, viviendo disfrazados entre la normal humanidad, ocultando cuidadosamente su avanzado estado tras una mascarada de urbanidad

vulgar, estupidez o conformidad? {...} Un verdadero
adepto podría interpretar cualquier papel o padecer
cualquier humillación para cumplir su especial obra.

ROBERT ANTON WILSON
escritor norteamericano
“Las Máscaras de los Illuminati”

Como puedes ver, mi querido Cningsby, el mundo
está gobernado por personajes muy distintos a los
que se imaginan aquellos que no están detrás del telón.

BENJAMIN DISRAELI
político británico
“Coningsby”

Perdónenme si los llamo caballeros, pero es que
no les conozco muy bien.

GROUCHO MARX
humorista estadounidense

Prólogo a la edición española

El historiador Richard Hofstadter, en su ensayo *El Estilo Paranoico en la Política Americana*, argumenta que muchos de sus colegas “imaginan muy a menudo la existencia de una vasta o gigantesca conspiración como la fuerza motivadora de fondo en los acontecimientos históricos. ¡La realidad es que la historia misma es una conspiración!”.

Durante muchos años, la teoría de la conspiración ha sido sistemáticamente despreciada por gran parte de los historiadores norteamericanos de cierta relevancia y, desde luego, por la práctica totalidad de los europeos. Para estas mentes analíticas y eruditas, la existencia de uno o varios grupos de seres humanos empeñados en trabajar en la sombra, durante largos períodos de tiempo y siguiendo planes cuidadosamente trazados, para hacerse con el poder es poco menos que un argumento de una novela fantástica o de una serie televisiva de entretenimiento. Por supuesto, la primera labor de cualquier conspiración es convencer al resto de la sociedad de que no existe conspiración alguna.

El caso es que, con su actitud, contagiaron a la mayoría de la sociedad persuadiéndola de que los villanos de la película que pretenden convertirse en una especie de reyes del planeta (sin explicar nunca para qué) eran simple fruto de la imaginación de guionistas y escritores. Además, siempre quedaría en alguna parte el agente 007 o el indiana Jones de turno para desbaratar sus planes. *Conspiración* no es una palabra políticamente correcta, sobre todo en España, donde hasta hace poco se asociaba a la coletilla *judeomasónica*, tan utilizada durante el franquismo.

Sin embargo, los brutales atentados del 11 de septiembre de 2001 y del 11 de marzo de 2004 han conmocionado muchas consciencias, porque, pese a las investigaciones políticas, judiciales y periodísticas, quedan demasiados puntos oscuros. Los ciudadanos de todo el mundo han podido comprobar que las redes conspiratorias son mucho más sucias, complejas

e inquietantes de lo que creían. Y que al frente de las mismas no hay un Señor del Mal, tirando de todos los hilos, sino que las responsabilidades se difuminan, se pierden, se deshacen en una maraña de datos y apuntes contradictorios que parece sugerir la existencia de grupos más o menos amplios de conjurados.

Internet, el único medio de comunicación del planeta donde todavía cualquier persona puede publicar lo que desee, se ha convertido en los últimos tiempos en un hervidero de opiniones, informaciones y desinformaciones que demuestra la cada vez mayor desconfianza del ciudadano común en las instituciones oficiales, así como su creciente interés por conocer qué hay de cierto detrás de las teorías conspiratorias. En un reciente artículo, el historiador británico Timothy Garton Ash narra su experiencia en California durante la última convención demócrata, que dio el espaldarazo a la candidatura de John F. Kerry como aspirante a la presidencia en las elecciones de 2004 en Estados Unidos. Garton Ash confirmaba que la cultura de la sospecha ha echado raíces en ese país, cada día más militarizado: “El Ejército es con mucho la institución en la que más confían los estadounidenses; cuatro de cada cinco ciudadanos dicen confiar en los militares frente a sólo uno de cada cinco que confía en el Congreso. En la campaña presidencial predominan las imágenes de guerra. Es como si Bush y Kerry se presentaran, sobre todo, para el cargo de comandante en jefe”. Él mismo se dejó llevar por cierta alarma “al ver lo fáciles de manipular que eran mis propias emociones, porque la convención demócrata estaba dirigida como una película de Hollywood”. Lo cierto es que el conocido director de cine Steven Spielberg contribuyó al rodaje del documental de presentación de Kerry. Quizá, precisamente, esa sensación de verse manipulados esté en la raíz de la desconfianza de los norteamericanos hacia sus instituciones y de su propensión a la búsqueda de conspiraciones.

Y si es verdad que existe un grupo de personas confabuladas para dominar el mundo, ¿quiénes son, exactamente? según a quien se la

hagamos, obtendremos respuestas diferentes a esta pregunta. Algunas de ellas de lo más pintoresco, como las que achacan la conjura a distintos grupos, desde los judíos hasta los neonazis pasando por la CIA, el Vaticano, la Mafia la ONU, la masonería, las multinacionales y hasta los extraterrestres. Sin embargo, muchas de las investigaciones más serias llevadas a cabo en Estados Unidos durante los últimos años han hecho tomar cuerpo a una teoría específica que acaba señalando siempre en la misma dirección: los Illuminati.

Los Illuminati o los Iluminados de Baviera, dirigidos por Adam Weishaupt, nacieron como sociedad secreta a finales del siglo XVIII en Ingolstadt, al sur de Alemania y, oficialmente, no sobrevivieron a ese siglo como grupo organizado. Como veremos, un grupo cada vez mayor de estudiosos disiente y recuerda que los principales líderes de los Illuminati nunca fueron detenidos. Creen que desde entonces siguieron maquinando en la sombra y cedieron el testigo a sus sucesores, que operaron a través de organizaciones similares con nuevos nombres. El canadiense Williem Guy Carr, autor del clásico *La Niebla Roja sobre América*, resume así los planes de los Illuminati: la destrucción del mundo tal y como hoy lo entendemos, aniquilando la cultura occidental y el cristianismo, así como las naciones clásicas. A cambio, apoyarían la fundación de un gobierno planetario que instauraría un culto mundial a Lucifer y reinaría sobre una masa homogénea de seres humanos desprovistos de cualquier diferencia de raza, cultura, nacionalidad o religión, y cuya única función sería trabajar esclavizados al servicio de sus amos. Para forzar el éxito definitivo, los Illuminati se habrían infiltrado en sociedades internacionales, partidos políticos, logias masónicas, bancos y grandes empresas, religiones organizadas... impulsando desde estas instancias todo tipo de movimientos subversivos, crisis financieras y políticas, guerras y conflictos hasta crear una inestabilidad mundial insoportable. En ese momento, “cuando las masas desesperadas por el caos que las rodea, busquen a alguien que los saque del estupor, los Illuminati presentarán a

su rey, que será aclamado por todos en todas partes y se hará así con el poder”.

El propio Carr reconoce que cualquiera que oiga semejante argumento por primera vez puede pensar que su fantasía no tiene límites. En una sociedad cada vez más materialista y escéptica como la occidental, donde para muchas personas palabras como *ángeles*, *demonios*, *Dios* o *Lucifer* suenan a ajadas supersticiones propias de la Edad Media, es un error habitual pensar que lo que no concebimos o que nos parece irracional será también inconcebible e irracional para otros.

Si una conspiración como la de los Illuminati fuera cierta, suele argumentarse, se sabría de alguna forma y alguien habría tomado medidas al respecto. Lo más notable del caso es que se sabe, y desde hace mucho, pero el ser humano tiene muy mala memoria. Sus planes se hicieron públicos en el siglo XVIII (por ello se les persiguió entonces) y la mayor parte de los datos que aparecen en este libro ya han sido publicados antes. Pero no se ha tratado de relacionarlos entre sí, de encajar las piezas unas con otras, debido, según algunos, a los múltiples entretenimientos que distribuyen los agentes Illuminati en forma de fútbol, programas de telebasura, revistas del corazón, juegos informáticos, etc., que absorben el tiempo y la mente de los ciudadanos. ¡Si hasta se permiten el lujo de parodiarse a sí mismos apareciendo como los villanos en películas como *Tomb Raider*, la primera adaptación al cine del personaje de videojuegos Lara Croft!

En las páginas siguientes trataré de organizar y exponer toda esa información, describiendo los últimos e intensos trescientos años de la historia de la humanidad como posiblemente nadie la contó nunca. Veremos cómo se repiten las “casualidades”, cómo el mes de mayo aparece una y otra vez en distintos hechos históricos, cómo ciertos grupos de poder de distintas partes del mundo comparten los mismos e inesperados socios, cómo lo que formalmente no tiene ninguna explicación la adquiere en cuanto se cambia de lugar el foco que ilumina

los hechos. Veremos entrar y salir constantemente de escena a los Illuminati y a sus asociados.

Y hablando de casualidades, recientemente la revista española *Época* publicaba su número 1,015 ilustrado en portada con una fotografía de un envejecido Henry Kissinger bajo un sorprendente titular: “*El Club Bilderberg. Los Amos del Mundo*”.

En el interior se incluía un reportaje sobre la última conferencia anual de ese exclusivo club, uno de los más influyentes y poderosos del planeta, del cual hablaremos también en este libro. Es uno de los escasísimos reportajes de este tipo que han aparecido en un medio de comunicación, una circunstancia curiosa teniendo en cuenta que los bilderbergers incluyen en sus filas a los más importantes ejecutivos y directores de prensa y medios audiovisuales de todo el mundo.

Por cierto, esa conferencia se organizó el mes de junio de 2004 en Stresa, Italia. Pocas semanas después se producía una grave crisis del petróleo que afectaba a toda la economía mundial y que, según los propios expertos de la OPEP, “no tiene ningún sentido ni base racional”. Se han buscado explicaciones en la guerra de Irak o en el aumento de consumo de potencias emergentes como China y la India, pero ninguna de ellas ha resultado satisfactoria. ¿Casualidad?

PAUL H. KOCH

Finales de agosto de 2004, Oberhausen Viena

Introducción:

No se nos puede buscar con apariencias nada más.
Nosotros somos la luz que alumbra las tinieblas.

Up patriots to arms!

FRANCO BATTIATO

músico italiano

En el principio

Dice la leyenda que grande fue la sabiduría del rey Salomón, pero más grande la de ciertos maestros cuyos nombres ignoran los mortales. Uno de ellos fue Hiram Abiff, el arquitecto del templo sagrado que mandó construir el propio Salomón en Jerusalén. Gérard de Nerval, el autor francés y francmasón del siglo XIX, relató su historia con singular belleza. Comoquiera que la obra requería un auténtico enjambre de obreros, Hiram los organizó como un ejército, instituyendo una jerarquía de tres grados: aprendiz, compañero y maestro. Cada uno de ellos tenía sus propias funciones y su recompensa económica, y disponía de una serie de palabras, signos y toques para reconocer a los de su mismo grado. La única forma de subir de categoría era mediante la demostración del mérito personal.

Tres compañeros, irritados por no haber sido todavía promovidos a maestros, decidieron confabularse para conseguir la palabra exacta que permitía acceder al salario del grado superior. Se escondieron dentro de las obras y esperaron a que terminara la jornada y todos los obreros se retiraran. De acuerdo con su costumbre, Hiram recorría cada noche la obra para comprobar si se cumplían sus instrucciones. Cuando iba a salir por la puerta del Mediodía se encontró con uno de los conjurados, que le

amenazó con golpearlo si no le revelaba de inmediato la palabra secreta. El arquitecto se negó y le reprochó su actitud, por lo que el frustrado compañero le dio un golpe en la cabeza. Herido, Hiram corrió hacia la puerta de Septentrión, donde se encontró con el segundo conspirador, que repitió la exigencia. Obtuvo la misma respuesta y también atacó a Hiram que, casi arrastrándose, aún tuvo fuerzas para intentar huir por la puerta de Oriente. Pero allí se agazapaba el tercero de los compañeros, que, al cosechar idéntico resultado que los anteriores, propinó el golpe mortal a Hiram. Al darse cuenta de lo que habían hecho, los tres asesinos recogieron el cadáver, lo trasladaron a las montañas cercanas y allí lo enterraron. Para reconocer el lugar, cortaron una rama de acacia y la plantaron sobre la tumba improvisada.

Cuando Salomón descubrió que Hiram había desaparecido y nadie sabía de él, mandó a nueve maestros en su busca. Tras diversas peripecias, tres de ellos llegaron junto a la rama de acacia, donde se pararon a descansar. Uno se apoyó en ella pensando que era lo bastante sólida para sujetarle; sin embargo, la rama cedió bajo su peso, y se fijaron en que el terreno había sido removido recientemente. Los tres maestros escarbaron y desenterraron el cuerpo de Hiram. Tras llorar su pérdida, decidieron llevar el cadáver ante Salomón, pero al intentar levantarlo comprobaron cómo la carne se desprendía de los huesos. En el idioma que utilizaban, la expresión “la carne deja el hueso” se decía con una sola palabra, así que los tres maestros decidieron que, a partir de entonces, ésa sería la palabra de paso a su grado.

Tradición y Antitradición

La mayor parte de los expertos en literatura asegura que, a pesar de la aparente variedad de argumentos manejados por el hombre en sus relatos, en realidad éstos pueden reducirse a uno solo: la eterna lucha del Bien contra el Mal. Incluso en la más desechable de las obras actuales, donde la

ambigüedad, la confusión y la extravagancia suelen poseer mayor importancia que la calidad, la belleza o el ejemplo moral, el sentido último de las narraciones es el mismo. Se entiende el Bien como todo aquello que beneficia al protagonista, por más que éste sea un ladrón, un farsante o incluso un asesino, frente al Mal, que le perjudica.

Se trata de una influencia evidente de la religión y la espiritualidad que durante miles de años doto de sentido la vida de nuestros antepasados a través de diversas creencias. Con el triunfo de la razón en el siglo XVIII, la sociedad occidental comenzó un proceso de progresiva laicización, que poco a poco ha ido despojando a millones de personas de todo interés más allá de la ganancia económica y el incremento de las comodidades materiales. Sin embargo, en la actualidad, es en los países más desarrollados donde paradójicamente se producen mayor número de suicidios y enfermedades mentales con cuadros depresivos, en la actualidad. La inversión en solidaridad (a través de las ONG) o en superstición (presuntos brujos, chamanes y astrólogos) ha intentado llenar el hueco dejado por esa carencia de religiosidad.

Estudiosos modernos como René Guenon o Julius Evola coinciden con autores de la antigüedad griega y egipcia a la hora de afirmar en sus escritos que existe una guerra secreta entre la Tradición y la Antitradición desde el principio de los tiempos, lo que en el fondo no es más que otra faceta del enfrentamiento entre el Bien y el Mal. Esa guerra es, en su opinión, el verdadero motor de los acontecimientos, y acaba dotando de sentido a cualquier época o personaje de la historia si somos capaces de superar los prejuicios, ir más allá de las explicaciones convencionales y sacar a la luz el tenue rastro que da sentido a diferentes sucesos en apariencia sin conexión.

La tradición abarca una serie de verdades de origen no humano reveladas a los iniciados, hombres mujeres más desarrollados espiritualmente que el resto de la humanidad, que se agrupan en pequeñas sociedades discretas. Su misión consiste en guardar y transmitir esas

verdades, además de ponerlas en práctica en beneficio de todos los seres humanos. Esos iniciados disponen de capacidades desconocidas para las personas corrientes, aunque viven en el anonimato porque no buscan honores materiales ni tienen interés en mostrar su identidad en público. Su poder es espiritual y su reino, ciertamente “no es de este mundo”. Uno de sus símbolos sagrados es la espiral, una forma de la naturaleza que se encuentra por todas partes, desde lo más sublime a lo más vulgar: desde la forma de algunas galaxias hasta la cadena del ADN. Equivale al principio de la evolución.

La Antitradición utiliza las mismas verdades, pero, en lugar de respetarlas tal y como son, las prostituye para aprovecharse de ellas y aplicarlas en exclusivo beneficio de los miembros de sus propias sociedades secretas. Éstos tienen como objetivo principal la acumulación de riquezas y bienes, el reconocimiento social y la práctica del poder personal sobre los demás. Para ello no dudan en manipular, explotar, traicionar e incluso sacrificar a los demás seres humanos en su afán por alcanzar y mantenerse en la cúspide de la hegemonía mundial. Uno de sus símbolos más característicos es el círculo, considerado como el símbolo geométrico perfecto porque no tiene en apariencia ni principio ni fin. Significa que lo que ahora está arriba pasará con el tiempo a estar abajo y viceversa, aunque el círculo permanezca siempre en el mismo lugar. Equivale al principio de la revolución.

El fin de la tradición, en suma, va más allá de la simple existencia física y presupone la certeza de un espíritu inmortal como verdadero Yo. El de la Antitradición busca la satisfacción inmediata de un *yo* con minúscula o, mejor, de una serie de *yo*es de carácter personalista y cuyos intereses se circunscriben únicamente al plano material. Por lógica, ambas fuerzas están abocadas a un pulso en el que cada una de ellas utilizará sus propias armas.

En el caso de la Antitradición, uno de sus instrumentos favoritos es la mentira. No sólo el engaño defendido con vehemencia, sino, sobre todo,

la inducción al error a partir de todo tipo de especulaciones y la mezcla de medias verdades con falsedades. El hecho de que ambos bandos utilicen algunos símbolos similares (como la pirámide o el triángulo, su representación en dos dimensiones) tampoco ayuda a la hora de diferenciarlos. De hecho, en cierto momento histórico, la Antitradición descubrió que, en lugar de enfrentarse abiertamente a la Tradición, le resultaba más rentable crear sociedades secretas y escuelas de pensamiento y filosofía, que, bajo la apariencia formal de pertenecer a la segunda, fueran en realidad tributarios de la primera. De esta manera, desviaban de su camino a genuinos buscadores del conocimiento que ingresaban en sus filas y trabajaban sin saberlo para sus fines ocultos. Otra de sus tácticas consistió en infiltrarse en las sociedades defensoras de la Tradición para ir escalando puestos en ellas hasta el punto de tomar el mando y apartarlas de sus objetivos originales.

La Rosa y la Cruz

Las primeras referencias históricas de las que disponemos acerca de este combate entre Tradición y Antitradición se remontan al antiguo Egipto. Entre la pléyade de grandes reyes y guerreros protagonistas de formidables hazañas de esta impresionante cultura hay un pequeño espacio reservado para un faraón. Tan pequeño, que hasta hace pocos años ni siquiera le conocíamos. Sin embargo hoy sabemos que fue el artífice de la primera gran revolución religiosa de la Antigüedad. Su personalidad, y buena parte de su biografía, sigue siendo un auténtico enigma para los egiptólogos. Se trata del faraón Aknatón o Ajnatón, cuyo nombre significa “El que place a Atón”. Éste era la representación del espíritu solar, un dios único y por encima de la miríada de divinidades que hasta entonces habían sido adoradas por la mayoría de los egipcios.

A este espíritu dedicó Ajnatón su famoso Himno a Atón, una de las más hermosas alabanzas sagradas jamás compuestas, que el propio faraón

cantaba cada mañana cuando aparecía el disco solar. El himno comienza con las siguientes palabras: “Bello es tu amanecer en el horizonte del cielo, ¡oh Atón vivo, principio de la vida! Cuando tú te alzas por el oriente lejano, llenas todos los países con tu belleza. Grande y brillante te ven todos en las alturas. Tus rayos abarcan toda tu creación”. Céres Wasef, una experta de la Escuela de Altos Estudios de París, describió con acierto a este faraón como “un rey ebrio de Dios”, el primer conductor de pueblos que intentó “introducir en los sucesos políticos un soplo de espiritualidad y veracidad religiosa destinada a transformar la humanidad”.

Según la concepción de Ajnatón, que incluso había cambiado su nombre original de Amenofis IV (traducido como “Amón está satisfecho”) en honor de la divinidad única, consideraba que todos los hombres eran iguales en deberes y derechos y que en consecuencia serían recompensados por su justicia según se hubieran comportado en la tierra. Para dejar claro el cambio de orientación religiosa que deseaba imponer, Ajnatón cambió la capital desde Tebas, donde se levantaban los principales templos a los viejos dioses, a la nueva ciudad de Aketatón, hoy Tell El Amarna, que hizo construir en medio de la nada en un tiempo récord. Los templos tebanos celebraban sus rituales en lo más profundo y oscuro de su interior, mientras que los templos a Atón estaban a cielo abierto para que el Sol pudiera bañar y bendecir con sus rayos todas y cada una de las ceremonias sagradas.

El reinado de Ajnatón y su esposa, la deslumbrante Nefertiti, se caracterizó por un pacifismo insólito en comparación con etapas precedentes, aunque su herencia pública se esfumó a su muerte. Las oligarquías religiosa y militar nunca le perdonaron su revolución religiosa y, cuando falleció, trataron de hacerlo desaparecer también de la historia, destruyendo los templos a Atón y restaurando los antiguos cultos. Incluso borraron los cartuchos jeroglíficos con su nombre en todos los edificios levantados con su aquiescencia. Precisamente por eso conocemos tan poco

acerca de la vida de este curioso faraón, en comparación con otros más populares en Occidente como Ramsés II, Seti I, la reina Hatsepsut, o incluso su propio hijo, el joven Tutamkamón.

Varios especialistas señalan, sin embargo que su herencia es más profunda de lo que parece y que su trayectoria pública no es más que la lógica proyección de la privada, ya que Ajnatón fue, según ellos, uno de los más importantes dirigentes de la más arcana sociedad secreta de la Tradición. Una sociedad que según recoge Angel Luis Encinas en sus *Cartas Rosacruces* habría sido regulada por el faraón Tutmosis III, cuyo nombre iniciático habría sido Mene, y de la que se sabe muy poco, aparte de que empezó a reunirse en una sala del templo de Karnak, puesto que nunca salió a la luz públicamente ni se explicaron sus objetivos. Sólo tenían acceso a ella y a sus enseñanzas “las personas cuyos valores humanos y espirituales atraían el interés de los miembros de la fraternidad”. Según este autor, cuando Ajnatón fue nombrado maestro del grupo secreto, éste contaba ya con algo más de trescientos miembros. A su muerte, el puesto de maestro pasó a manos de su sucesor, el misterioso Hermes. Según algunas fuentes, se trata del mismo Hermes conocido como Trimegistro (Tres veces Grande) por los griegos y, según otras, sería una persona diferente que habría heredado el mismo apelativo. En todo caso, los libros de Hermes, que sí recogió por escrito parte del conocimiento de la fraternidad, se difundieron más tarde por el Mediterráneo oriental e impregnaron de sabiduría y misticismo todo el pensamiento y la filosofía del mundo antiguo, por lo menos hasta el advenimiento del cristianismo. Sus leyes e ideales, conocidos con el calificativo global de hermetismo (de Hermes) u ocultismo (porque su enseñanza era lo bastante críptica para permanecer a salvo de malos usos), permitieron fundar un linaje de escuelas secretas en las que, según las fuentes, han bebido personajes tan conocidos como Solón, Pitágoras, Manetón, Sócrates, Platón, Jesús, Dante, Bacon, Newton y otros integrantes de la “aristocracia del espíritu”.

En el siglo XVII, este linaje aflora de nuevo a la luz con el nombre de Orden Rosacruz. El nombre hacía referencia a dos de los principales símbolos utilizados desde siempre por diversas organizaciones discretas. Por un lado, la rosa roja, considerada como la “reina de las flores”, de la misma forma que el iniciado era un “rey entre los hombres” al disponer de unos conocimientos y capacidades (y por tanto unas responsabilidades) por encima de lo común. Por otro lado, la cruz, signo solar repleto de simbolismos y utilizado por todas las culturas de la Antigüedad, desde el *Ankh* o cruz ansada egipcia hasta la *Tau* o cruz en forma de T griega, pasando por la esvástica indoaaria o la misma cruz en la que fue clavado Jesús.

En *Los Brujos Hablan*, uno de los principales expertos en la materia, John Baines, mantiene que esta fraternidad existía “desde hace miles de años” con el propósito de salvaguardar “en toda su pureza original” una ciencia “cuyas verdaderas enseñanzas se mantienen secretas y de las que han trascendido al vulgo solamente interpretaciones personales de individuos que han llegado a vislumbrar una pequeña parte del secreto”. La necesidad de ocultar esta enseñanza se debe a que sólo se puede confiar en “aquellos seres humanos que presenten cierto grado de evolución”, de la misma forma que los derechos legales y políticos se reservan a los mayores de edad y no pueden ser aplicados por los niños. Un viejo refrán hermetista resume esta idea aseverando que “la carne es para los hombres y la leche para los niños”. Baines también señala que los Rosacruces aparecen y desaparecen públicamente en épocas históricas diferentes de acuerdo con ciertos ciclos prefijados y reconoce que “se hicieron especialmente conocidos entre los siglos XV y XVII, ganando fama de magos, sabios y alquimistas”. Luego se desvanecieron de nuevo para seguir trabajando en secreto por el bien de la humanidad, aunque dejaron a algunos de sus representantes para explicar su ciencia “a los que su estado de conciencia los hace acreedores de ser instruidos”.

Las obras más conocidas, pero no por ellos más inteligibles, de la Orden Rosacruz son las que integran la trilogía que se publicó de forma anónima en Europa Central entre 1614 y 1616. El primero de los libros, *Fama Fraternitatis*, estaba dirigido a la atención “de los reyes, órdenes y hombres de ciencia” de toda Europa. Se narraba en él la vida del enigmático fundador de la fraternidad, un tal C. R., que entre otras cosas defendía principios cristianos más fieles al Jesucristo original que los que por aquel entonces ponían en práctica los Papas de Roma. En su discurso, abundan las referencias herméticas y simbólicas y además se acusa a los poderes establecidos poco menos que de prostituir la alquimia. Este arte, inicialmente destinado a la evolución interior que convierte el plomo de las pasiones en oro espiritual, a través de un largo y esforzado trabajo personal, había sido convertido en una mera búsqueda materialista destinada a conseguir la transformación del plomo en oro.

El segundo libro, *Confesio Fraternitatis*, contiene ya el nombre real de presunto jefe de la Orden, así como algunos detalles sobre sus supuestas andanzas. Según este, Christian Rosenkreutz (Cristiano Rosa Cruz, traducido textualmente del alemán; un nombre a todas luces simbólico o alegórico de toda la organización) nació en 1378 a orillas del Rin y fue internado a los cuatro años de edad en un extraño monasterio donde “aprendió diversas lenguas y artes mágicas”. Con 16 años, marchó a Tierra Santa en compañía de un monje que murió en Chipre, lo que le obligó a continuar en solitario un auténtico viaje iniciático que le llevó por tierras de Arabia, Líbano, Siria y finalmente Marruecos, donde recibió el más alto grado del conocimiento, así como la misión de fundar una sociedad secreta para transmitirlo. En el mismo libro se refuerza la oposición a la autoridad del Papa, a quien se califica de “engañador, víbora y anticristo”, y se afirma que los poderes de la orden permiten a sus miembros conocer “la naturaleza de todas las cosas”. El tercer y último libro se titula *Las bodas químicas de Christian Rosenkreutz* y es otro texto saturado de símbolos especialmente alquímicos. Siete años después, en

agosto de 1623, diversos rincones de París aparecieron empapelados con unos carteles en los que la Orden Rosacruz se presentaba al mundo exponiendo sus principios, verdaderamente revolucionarios para la época y contrarios a la autoridad papal.

La mayoría de las hipótesis que se han barajado para explicar quién escribió los libros y pegó los carteles apuntan a Alemania. Se sabía que desde finales del siglo XVI existía allí una anónima fraternidad denominada precisamente Hermanos de la Rosa Cruz de Oro. También se conocen las investigaciones, en la misma época, del hermetista luterano Johann Valentin Andreae y de un grupo de estudiosos de la Universidad de Tubinga, dedicados a actividades bastante heterodoxas. Incluso se ha llegado a invocar la autoría del extraordinario Theophrastus Phillippus Aureolus Bombastus von Hohenheim, popularmente conocido como Paracelso.

No obstante, nadie fue capaz de averiguar la identidad de los enigmáticos rosacruces, salvo, naturalmente, aquellos que lograron entrar en contacto personal con ellos y que, tras ser aceptados, se colocaron desde entonces bajo su dirección. Pero éstos tampoco revelaron más detalles. Lo único que trascendió durante los siglos siguientes es que, de alguna forma, la orden seguía trabajando en silencio de acuerdo con las directrices de un denominado Colegio Invisible, también llamado en ocasiones Los Superiores Desconocidos, compuesto por seres elevados espiritualmente, cuyo único interés radicaba en el crecimiento interior de cada uno de los miembros de la fraternidad, despreciando las pompas y laureles sociales y sin aspiraciones de fama o poder, a no ser con carácter impersonal y temporal, con el único objetivo de ayudar al ser humano.

Con el paso del tiempo, diversas organizaciones modernas como la Golden Dawn Order (Orden la Aurora Dorada) británica o la AMORC (Antigua y Mística Orden Rosa Cruz) norteamericana han proclamado a gritos ser los “auténticos herederos” de la antigua Orden Rosacruz, pero sus méritos para reclamar semejante privilegio parecen, cuando menos,

escuetos. Los verdaderos rosacruces parecen continuar detrás del telón, por el momento.

La sinarquía blanca y la sinarquía negra

En el año 510 a C, cuando la tiranía se desmoronó en Atenas, los miembros de la aristocracia en la más famosa de las ciudades-estado griegas volvieron a enfrentarse entre sí por el poder. Para evitar que esta lucha condujera a males mayores, el político Clístenes, abuelo del popular Pericles, se encargó de reformar la constitución vigente e instaurar un gobierno colegiado. Esto es, no elegido por los ciudadanos, sino formado por un grupo de sabios y místicos reconocidos. Lo llamó sinarquía y funcionó bastante bien durante decenios.

¿Quién fue el promotor real de la sinarquía? Durante la tiranía e incluso antes, los antiguos griegos habían aprendido a diferenciar a los plutócratas (originalmente los *plutos* o dueños de la riqueza) del resto de los ciudadanos porque la filosofía que aplicaban los primeros era la *pleonexia* o deseo desmedido de poseer. De poseerlo todo: mercancías, esclavos, tierras, influencia social y ciudadana... Con semejante actitud, destruyeron la antigua sociedad pastoril e igualitaria, que durara desde tiempo inmemorial (y que las crónicas posteriores recordarían como un mundo feliz, una auténtica Edad de Oro, con el nombre de Arcadia), y dieron lugar a otra época en la que la desigualdad se convirtió en la norma común, generando continuas guerras y hechos violentos.

Entonces apareció una clase de filósofos presocráticos llamada *mesoi* o conciliadores, que abogaban por recuperar el espíritu de la era antigua y para ello promocionaban su teoría del equilibrio, resumida en sentencias populares como “la virtud siempre se halla en el justo medio” o “de nada, demasiado”. Para encontrar la virtud de nuevo era necesario crear instituciones que regularan las prácticas comerciales desleales, la esclavitud y el caos social impidiendo que los más poderosos pudieran

imponer sus condiciones a los demás. De esta forma aparece también la filosofía de la *arkhé* o armonía, según la cual, los ciudadanos (los habitantes de la *polis*) sólo podían disfrutar de equidad (*eumonia*) si los acuerdos tomados entre ellos libremente son respetados por todos. Según los filósofos, ésta era la situación de los hombres al principio de los tiempos, cuando su armonía en la tierra reflejaba la del universo entero.

La influencia de los *mesoi* fue inmensa en una sociedad en que los plutócratas eran apenas un puñado pero concentraban en sus manos el poder real. Su propuesta de una sociedad *syn arkhé* (es decir, con armonía o también con orden) pasó a convertirse en un ideal al que podía aspirarse con esperanzas de materializarlo. *Arkhé* representaba la correcta evolución de todo cuanto existe, un avance paulatino hacia la divinidad, que idealmente debía extenderse en todos los ámbitos, no sólo en el de las relaciones políticas y sociales, sino en la vida personal. Para vigilar su correcta aplicación, se nombrarían los *arkhontes* o magistrados, encargados de mantener el orden y la armonía: los verdaderos guardianes del *demos* o pueblo.

Clisteneo aplicó estas ideas creando su gobierno de sabios aconsejado por los filósofos, que además tenían la misión de instruir al pueblo a través de las *academias* o centros de aprendizaje. Así se pusieron las bases de la Grecia Clásica, en la que su nieto Pericles instauraría la *democracia* o gobierno del pueblo (aunque era una democracia limitada, puesto que no podían participar en ella ni las mujeres, ni los esclavos, ni los extranjeros).

Algunos autores señalan que el actual momento de nuestra civilización se parece mucho al descrito unos párrafos atrás: el deseo desmedido de posesión de una minoría ha destruido la convivencia social, la armonía entre el hombre y la mujer, el equilibrio entre la naturaleza y el ser humano. ¿Estamos en puertas de que aparezcan los modernos *mesoi*, así como un nuevo Clisteneo?, se preguntan éstos.

No está claro de dónde surgieron los filósofos conciliadores, los auténticos impulsores de aquel cambio, pero resulta muy fuerte la tentación de relacionarlos directamente con las sociedades secretas instruidas en el antiguo Egipto y descendientes de cultos solares como los de Ajnatón. En cuanto a los plutócratas, el número de ciudadanos que apoyaron la sinarquía los forzó a retirarse a un segundo plano, pero su frustración no hizo más que alimentar sus ansias de poder militar, económico y religioso y los llevó a reflexionar que si un número de ciudadanos, aun siendo mayoritario, podía agruparse y organizarse para defender sus intereses comunes, ellos también podían superar sus diferencias internas y construir su propia sinarquía. Conocemos la existencia de los *mesoi*, pero también podemos sospechar la de otro grupo de filósofos rivales y consejeros de los plutócratas. Unos filósofos, digamos, influidos por los descendientes de los cultos al terrible dios Seth, enemigos por antonomasia de los primeros.

Tal vez en aquel momento nacieron la sinarquía blanca y la sinarquía negra. La primera, decidida a ayudar al ser humano a caminar hacia un reino de paz y felicidad. La segunda, dispuesta a apoderarse del reino, de la paz y de la felicidad pero sólo para sus socios, condenando a los demás hombres a la esclavitud.

Si faltase lo más mínimo a mi juramento,
que me corten el cuello, me arranquen el
corazón, los dientes y las entrañas y que
los arrojen al fondo del mar. Sea quemado
mi cuerpo y mis cenizas esparcidas por el aire,
para que no quede nada de mí, ni siquiera el
recuerdo entre los hombres y entre mis
hermanos masones.

Juramento masónico, 1869.

La masonería

Se cuenta que, en la Edad Media, un joven quiso iniciarse en la masonería constructora, pues había oído hablar de que los miembros de esta organización no sólo se ayudaban entre sí en cualquier circunstancia, sino que además disponían de conocimientos vedados a común de los mortales. El joven sabía que los masones no revelaban su condición con facilidad, pero un conocido le había dicho que uno de los tres obreros que estaban trabajando en ese momento en las obras de la catedral de su ciudad pertenecía a la fraternidad. Así que se dirigió allí de inmediato pensando en cómo podría descubrir quién era para solicitarle el ingreso. Debía actuar con astucia, pues sabía que si preguntaba directamente obtendría tres negativas.

Cuando llegó a las obras vio, en efecto, a tres obreros ocupados todos en la misma labor aunque cada uno instalado en un sitio distinto. Se acercó a ellos y, uno por uno, les hizo la misma pregunta: “¿Qué estás haciendo?” El primero respondió: “Estoy trabajando la piedra”. El segundo dijo: “Estoy ganándome el jornal”. El tercero replicó: “Estoy construyendo una catedral”.

Entonces el joven supo a ciencia cierta que el tercero era el masón.

La Camaradería francesa

Una de las Catedrales más famosas del mundo es la de Chartres, en Francia. Entre los muchos atractivos de esta maravilla de la arquitectura religiosa figura un truco de iluminación muy apreciado por los constructores del mundo antiguo: justo al mediodía de cada solsticio, tanto en verano como en invierno, un rayo de sol atraviesa un pequeño agujero en el vitral de san Apolinar (un santo de resonancias obvias, puesto que Apolo era el principal dios solar de la mitología grecorromana) y señala una muesca en el suelo con forma de pluma. Un mensaje secreto que todavía hoy se desconoce qué quiere decir.

Muchas sociedades secretas nacieron alrededor de la construcción. En la misma Francia, la *Compagnonnage* o Camaradería surgió en un primer momento para hacer frente al poder de los patronos, que controlaban el aprendizaje de los oficios, los empleos y sus ascensos. La Seguridad Social es un invento muy moderno en términos históricos: hay que esperar al canciller alemán Otto Von Bismarck, que fue el primero en poner en marcha durante el siglo XIX una institución similar posteriormente imitada por otras naciones occidentales. Antes de eso, el que no era rico o pertenecía al clero debía ganarse al sustento cada día y no podía permitirse el lujo de caer enfermo o perder un trabajo. De ahí el éxito de la Camaradería francesa, porque llegó a funcionar como una especie de sindicato que, además de trabajo, garantizaba la recepción de ayuda de todo tipo a sus afiliados: alojamiento, comida e incluso ropa. Ingresar en la organización se convirtió en sinónimo de una vida más segura y digna, por lo que sus miembros adoptaron una serie de gestos y signos secretos para reconocerse entre ellos y evitar que los desconocidos pudieran aprovecharse de las ventajas de su fraternidad y la desvirtuaran.

Se cree que la Camaradería funcionaba a menos ya desde el siglo XI y, aunque hoy se la considera como una organización exclusivamente orientada a atender a los constructores, desde el principio demostró atesorar otro tipo de conocimientos sorprendentes. Fueron camaradas los que levantaron, entre los siglos XII y XIII, las catedrales de Chartres, Bayeaux, Reims, Amiens y Évreux, un conjunto de templos que imitan, sobre el suelo de Francia, la disposición de la constelación de Virgo en el cielo. Para las sociedades ocultistas, Virgo equivale a la gran diosa madre de los cultos antiguos, la Isis egipcia. Otro ejemplo, los camaradas erigieron a principios del siglo XII la basílica de la Magdalena de Vézelay, punto de partida del Camino de Santiago francés y considerada como cuna del arte gótico. En el tímpano de la puerta principal una imagen de Jesucristo en majestad separa a los hombres “buenos” elegidos para ir al Cielo, de los hombres “malos” condenados al Infierno. Estos últimos tienen que someterse al pesaje de su alma en una balanza sujeta por un ángel que confirma la magnitud de sus pecados y luego los encamina hacia la horrible boca de un monstruo gigantesco que los devora. Exactamente, la misma imagen que los iniciados egipcios describieron, dibujada y por escrito, en el *Libro de los Muertos*, donde el dios Anubis sustituye al ángel en el pesaje de la balanza y la diosa devoradora Ammit se encarga de tragar a los malvados.

Los obreros de la Camaradería francesa pertenecían a cuatro oficios concretos: talladores de piedra, carpinteros, ebanistas y cerrajeros. Cada uno de ellos se dividía en grados de experiencia, casi siempre tres: aprendices, compañeros, (los compañeros recibidos eran los que comenzaban la obra, que a veces tardaba siglos, y los compañeros fraguados eran los que la daban por terminada) y maestros o iluminados. Un adjetivo místico este último puesto que los maestros llegaban a serlo por una doble condición: la de expertos profesionales y la de inspirados por la luz de Dios. Parece evidente que la masonería no es otra cosa que la rama de la Camaradería específicamente destinada a la construcción, ya

que la palabra francesa *maçon* significa « albañil libre » y suele utilizarse como sinónimo, aunque en realidad es una expresión más exacta porque masones eran todos los albañiles medievales pero sólo los pertenecientes a la organización o iniciados en ella eran *francmaçonnés*.

Durante la Edad Media, la Camaradería entró en crisis, probablemente porque entraron en ella muchos obreros deseosos de aplicar el viejo principio de beneficiarse de las ventajas del sistema sin asumir las equivalentes responsabilidades. Sólo los camaradas encargados de trabajar la piedra lograron compactarse sin fisuras, y a partir de entonces reforzaron su secreto y la firmeza de sus responsabilidades. Así consiguieron mantener algún tiempo más su organización, aunque tampoco pudieron eludir su declive: a medida que la época de las catedrales se iba apagando, con ella desaparecían los maestros constructores. Para evitar caer en el declive por completo, la masonería se vio forzada entonces a abrir las puertas a nuevos miembros que nada tenían que ver con la labor constructora. El hecho de que muchos profanos en el trabajo de la piedra no sólo pudieran sino que desearan ingresar en la organización hasta el punto de salvarla de su definitiva extinción sugiere con bastante claridad que lo que se aprendía en ella no se limitaba al trabajo físico de los obreros. Un indicio de ello es el nombre de sus salas de reunión, las logias. Aunque se han planteado varios orígenes para la palabra *logia*, resulta curioso que en griego signifique precisamente “ciencia”.

La masonería del siglo XXI afirma que su interés no es otro que el de “conseguir la perfección del hombre y su felicidad, despojándole de vicios sociales como el fanatismo, la ignorancia y la superstición, perfeccionando sus costumbres, glorificando la justicia, la verdad y la igualdad, combatiendo la tiranía y los prejuicios”, así como estableciendo “la ayuda mutua entre sus miembros”. Sin embargo, presenta fuertes contradicciones, como los enfrentamientos entre diversos tipos de masonería para ver cuál de ellas es “la verdadera”, o el hecho

incuestionable de que la mayoría de sus logias prohibía expresamente la iniciación de las mujeres.

La masonería moderna

A principios del siglo XVI, un grupo de maestros alemanes se trasladó a Inglaterra para abrir las primeras logias de constructores del Reino Unido. Los aprendices ingleses redactaron la primera ley masónica de la que tenemos noticia, la llamada Constitución de York, a la vez que fundaban la Orden de la Fraternidad de los Masones Libres. Igual que sucedió en el continente, la organización británica declinó poco a poco hasta que se vio obligada a aceptar a profesionales liberales e incluso miembros de la nobleza. A los nuevos iniciados se les calificaba de “masones aceptados”. En seguida surgió la Fraternidad de los Masones Libres y Aceptados, los que, definitivamente, habían abandonado la construcción y por tanto pasaron a denominarse Masonería especulativa en lugar de Masonería Operativa como hasta entonces.

Este tipo de masonería tiene su carta de nacimiento en 1717, cuando cuatro logias londinenses de aceptados, que utilizaban como nombre el de las tabernas en cuyos salones sociales se reunían (La Corona, La Oca y la Parrilla, La Copa y las Uvas y El Manzano), se fusionaron con una autodenominada Sociedad de Alquimistas Rosacruceanos y fundaron así la Gran Logia Unida de Inglaterra. Seis años más tarde, uno de sus miembros, James Anderson, recibió el encargo de reunir toda la documentación disponible sobre la sociedad discreta y redactar con ella lo que desde entonces se conoce como las Constituciones de Anderson. En este manuscrito se incluye una historia legendaria de la orden, los deberes y obligaciones, un reglamento para las logias y los cantos para los grados iniciales. También aparece la historia de Hiram Abiff, así como la obligación de creer en una divinidad suprema descrita como el GAU o Gran Arquitecto del Universo, pues “un masón está obligado por su

carácter a obedecer la ley moral y si entiende correctamente el Arte, jamás será un estúpido ateo ni un libertino irreligioso”.

La nueva Masonería Libre y Acepada sustituyó pronto a lo que quedaba de la Masonería Constructora original, por lo que la Gran Logia Unida se convirtió en la referencia masónica por excelencia, tanto en Europa como en las colonias americanas. Desde Inglaterra saltó a Bélgica en 1721, a Irlanda en 1731, Italia y el norte de América en 1733. Después a Suecia, Portugal, Suiza, Francia, Alemania, Escocia, Austria, Dinamarca y Noruega y, finalmente, a mediados del siglo XVIII, al resto de países europeos y americanos.

Sus dos variantes más importantes fueron el Rito Escocés Antiguo y Aceptado —diseñado por Andrew Michael Ramsay, el preceptor del hijo de Jacobo II Estuardo de Escocia, donde encontraron cobijo algunos de los caballeros templarios que huían de la persecución a que fue sometida su orden tras ser desmantelada por el rey francés Felipe el Hermoso y el Papa Clemente V— y el Gran Oriente de Francia, que se declaró “obediencia ates” y se volcó en intereses sociales y políticos, más que espirituales; desde entonces se la conoce como Masonería Irregular. Uno de los miembros del Rito Escocés acabaría influyendo en la creación de la llamada Estricta Observancia Templaria, rama que controlaría la masonería alemana, en torno a la cual se forjaría la Orden de los Iluminados de Baviera.

En 1738, el Papa Clemente XII condenó a la masonería a través de una bula llamada *In Eminenti*, que prohibía expresamente a los católicos iniciarse como masones bajo pena de excomunión, puesto que “si no hiciesen nada malo no odiarían tanto la luz”. El motivo oficial de la condena era el carácter protestante de la Gran Logia Unida de Inglaterra, pero el decreto terminaba con una frase enigmática: “[...] y (también les condenamos) por otros motivos que sólo Nos conocemos”. Varios de sus sucesores, como Benedicto XIV, León XIII, y Pío XII entre otros, también publicaron severas condenas contra una sociedad que según las denuncias

del Vaticano “se ha mostrado anticatólica y antimonárquica de manera reiterada”. Ya en el siglo XX, al Concilio Vaticano II levantó un poco la mano al respecto, pero en 1983 el Papa Juan Pablo II todavía recordaba públicamente “la incompatibilidad de ser masón y católico”.

Lo cierto es que el llamado Siglo de la Razón marcó un punto de inflexión en la masonería, que ya no volvería a ser la misma sociedad hermética orientada en exclusiva hacia sus miembros. A partir de entonces, la mayor parte de sus intereses quedó fijada en el mundo material. Especialmente, en lo referente a la posibilidad de crear un imperio mundial al que se someterían todas las administraciones nacionales. Un imperio dirigido por una minoría “iluminada” que, basándose en el progreso de la ciencia, la técnica y la producción, impulsara un mundo más lógico, racional y acorde con los designios divinos del GAU. Quizá eso explique la proliferación de la masonería en los salones del poder mundano de hoy. Todos los reyes ingleses desde el siglo XVIII, así como la mayoría de sus primeros ministros, la mayor parte de presidentes del gobierno y de la República francesa, innumerables políticos en Alemania (excepto en la época del nacionalsocialismo), Italia (excepto durante el fascismo) y en todos los demás países europeos, así como muchos de los miembros de las actuales instituciones de la Unión Europea, la gran mayoría de los presidentes de Estados Unidos y muchos de los dirigentes de otros países americanos han sido o son masones. En algunos casos, los símbolos masones incluso han ondeado en banderas oficiales como la de la extinta República Democrática Alemana, que lucía sobre franjas negra, roja y amarilla un martillo y un compás orgullosamente laureados, y no una hoz como cabría suponer tratándose de un régimen comunista.

En España, donde la masonería estuvo prohibida y perseguida por el franquismo, casi todos los prohombres de las dos repúblicas pisaron las logias, desde Pi I Margall hasta Alcalá Zamora, pasando por Castelar, Negrín, Lerroux o Azaña. En 1979 consiguieron legalizarse de nuevo las

dos obediencias más importantes de la época, enfrentadas entre sí: El Grande Oriente Español y el Grande Oriente Español Unido.

Contra el escaso poder real que en ocasiones se dice que tuvo la masonería en España, consta no sólo la larga lista de políticos republicanos que pertenecieron a sus filas, sino una extensa nómina de artistas y científicos como el investigador Santiago Ramón y Cajal, el educador Francisco Ferrer y Guardia, el músico Tomás Bretón, el ingeniero Arturo Soria o el novelista Vicente Blasco Ibáñez. Por otra parte, varios estudiosos de especialistas en masonería, como el de Pedro Álvarez Lázaro, *La Masonería, escuela de formación del ciudadano*, demuestra la influencia que tuvo, entre otros asuntos, en el desarrollo de una sociedad laica. Se cree que la época de mayor expansión fue la comprendida entre 1868 y 1898, cuando llegó a contar con 70,000 miembros. Curiosamente, la época en la que España perdió sus últimas colonias.

El Iluminismo científico

Los Illuminati son los reales protagonistas de este libro, sin embargo, antes de llegar a ellos, aún nos queda por conocer otra clase de “iluminados”, a los que algunos autores han llegado a considerar como sus precursores, aunque no tuvieran nada que ver: los científicos. Rosacruces, masones, templarios y el resto de innumerables organizaciones secretas nacidas durante la interminable lucha entra la Tradición y la Antitradición basan el origen último de su conocimiento y su poder, el origen de su iluminación, en una revelación mística y por tanto ajena al común de los humanos, ya que viene de la divinidad. Pero durante el siglo XVII asistimos al advenimiento de una generación de hombres que, conectados o no con la religión u otro tipo de misticismo, tuvieron la osadía de buscar esa misma iluminación desde un punto de vista estrictamente científico. Para ellos, la palabra *razón* ya no significaba pensar de acuerdo con la

lógica aristotélica, sino con datos matemáticos, precisos concretos y demostrables.

Ellos redefinieron la razón como una “ley natural”, que por supuesto podía llegar a expresarse de forma exacta y que permitiría al hombre comprender la vida y lo que le rodea gracias a su propio esfuerzo, sin necesidad de esperar a que Dios se tomara la molestia de señalarle con el dedo. el progreso científico empezó a ser entendido como “una progresiva iluminación de toda la humanidad gracias a las luces de la razón que despejan las tinieblas de la superstición, la ignorancia y las viejas costumbres”. Semejante espíritu fue la herencia más importante que los científicos renacentistas dejarían a los “ilustrados” del siglo XVIII.

Uno de ellos fue el británico Francis Bacon, político, científico y filósofo que llegó a ser lord del Sello Privado de la reina Isabel I y cuyas extraordinarias capacidades le convirtieron en uno de los hombres más cultos e influyentes de su tiempo. E incluso del nuestro, porque una de las más polémicas teorías acerca del origen real de las obras firmadas por William Shakespeare apuntan hacia su ilustre persona como el verdadero autor de las mismas, aunque ésta es, como dice el clásico, otra historia. Bacon escribió y firmó varios libros de interés, si bien uno de ellos le conecta con la Tradición de manera directa. Se titula *La Nueva Atlántida* y en él desarrolla la utopía de una ciudad de sabios que se organiza siguiendo una ideología próxima a la Rosacruz.

De su aportación puramente científica, merece destacar su método de lógica inductiva, hoy considerada como precedente del empirismo. Bacon aboga por no limitarte a ordenar los hechos de la naturaleza, como hacían hasta entonces la mayoría de los científicos, sino más bien por aprender a dominarla. Como “para gobernar a la naturaleza es preciso obedecerla”, se hacía necesario estudiarla a fondo, conocerla, para poder aprovechar sus recursos sin forzarla. Eso requiere superar los obstáculos para alcanzar el verdadero saber que, en su opinión, son *idola* o ídolos, prejuicios, de cuatro clases: los *idola tribus*, propios de la comunidad

humana y basados en la fantasía y la suposición; los *idola specus*, pertenecientes a cada hombre y fijados por la educación, las costumbres y los casos fortuitos; los *idola fori*, procedentes del exterior y cuyo responsable es el carácter abstracto del lenguaje y la falta de comunicación, y los *idola theatri*, generados por las doctrinas filosóficas dogmáticas y las demostraciones erróneas. Todo el trabajo científico de Bacon se desarrolló sobre estas bases y, de hecho, murió ya retirado de la política cuando intentaba comprobar los efectos del frío en la conservación de los alimentos.

Contemporáneos de Bacon son Federico Cesi, Francesco Stelluti, Johannes van Heeck y Anastacio de Fillis. Los cuatro fueron grandes amantes de la ciencia, a la que convirtieron en la razón de su vida. En agosto de 1603, reunidos en Roma en el palacio de la familia Cesi, decidieron fundar un grupo dedicado al estudio y la investigación utilizando para ello la espléndida biblioteca del palacio, así como diversos equipos preparados al efecto. Se llamaron a sí mismos la *Accademia dei Lincei* o Academia de los Linceos, simbolizando en la agudeza y agilidad de este felino las virtudes que deseaban emular en sus trabajos.

Cesi, presidente de la academia, orientó sus inquietudes preferentemente hacia la astronomía, lo que le permitiría diseñar y construir el primer astrolabio. De Fillis asumió la secretaría de la nueva institución y trabajó en diversas materias, mientras que Stelluti, aparte de asumir las tareas de administración de la recién nacida sociedad, tomó el seudónimo de Tardigrado y también realizó un trabajo multidisciplinar como geógrafo, literato, jurista y científico. Van Heeck, el único de ellos nacido en los Países Bajos, era sin duda el más preparado, pues había realizado las carreras de medicina y filosofía además de tener estudios de teología, y dominaba el latín y el griego, la astronomía y la astrología. En Praga, había conocido a Johannes Kepler y se hacía llamar a sí mismo el Iluminado.

En aquella época, ninguna academia de este tipo podía ponerse en marcha sin el visto bueno papal. Al principio, Clemente VIII recibió los esfuerzos de los linceos con benevolencia y les instó a que trabajaran por el progreso de la humanidad, pero sólo siete años después Federico Cesi tuvo que marcharse a Nápoles debido a las continuas acusaciones de ejercer la magia negra, actuar contra la doctrina de la Iglesia y mantener un estilo de vida escandaloso. En 1611, Cesi contactó con el astrónomo y físico Galileo Galilei, al que invitó a incorporarse a la academia, convencido de que el nivel de sus trabajos elevaría el de sus colegas. Galileo fue muy bien recibido entre los linceos y siempre recibió su apoyo, incluso durante la mitificada disputa que mantuvo con las autoridades eclesiásticas en defensa de la teoría heliocéntrica frente a la geocéntrica, formulada por Ptolomeo, que entonces era comúnmente aceptada.

Según una reciente encuesta del Consejo de Europa elaborada entre los estudiantes de ciencias de la UE, casi el 30% cree que Galileo fue quemado vivo en la hoguera por la Iglesia Católica por defender sus teorías, mientras que el 97% piensa que fue sometido a torturas. El 100% conoce la frase “*Eppur si muove!*” (¡Y sin embargo se mueve!) que había susurrado con rabia después de la lectura de la sentencia condenatoria. Y sin embargo, todo lo anterior es rotundamente falso.

Galileo fue un gran hombre de ciencia, pero no infalible. Según relata Vittorio Messori en *Leyendas Negras de la Iglesia*, cuando el 22 de junio de 1633 escuchó la sentencia contra su tesis, se limitó a dar las gracias a los diez cardenales autores de la misma, de los cuales tres habían votado por su absolución, ante la moderada pena que se le impuso. El científico tenía razón en su tesis heliocéntrica pero había intentado “tomar el pelo a estos jueces, entre los cuales había hombres de ciencia de su misma envergadura”, asegurando que sus teorías “publicadas en un libro impreso con una aprobación eclesiástica arrebatada con engaño, sostenían lo contrario de lo que se podía leer”. Es más en los cuatro días de discusión previos a la sentencia, “sólo fue capaz de presentar un argumento

experimentable y comprobable a favor de que la tierra giraba en torno al sol. Y era erróneo: decía que las mareas eran causadas por la sacudida de las aguas a causa del movimiento de la tierra”. Sus jueces y colegas defendían que las mareas se debían a la atracción de la luna, lo que, siendo correcto, sólo mereció un comentario por parte de Galileo: que esa tesis “era de imbéciles”. Llovía sobre mojado porque, años antes, ya había cometido otro grave error al asegurar que los meteoritos observados en 1618 por astrónomos jesuitas e identificados por éstos como “objetos celestes reales” no eran según él más que “ilusiones ópticas”.

Respecto a la condena, Galileo no sufrió violencia física ni pasó un solo día en los “sórdidos calabozos de la Inquisición”: en Roma, se alojó en una residencia de cinco habitaciones con vista a los jardines del Vaticano y tuvo un servidor personal, todo a cuenta de la Santa Sede. Y tras la sentencia, fue alojado en la Villa Médici primero y luego en el palacio del arzobispo de Siena, antes de regresar a su propia villa de Arcetri, que tenía el elocuente nombre de La Joya. No perdió la estima ni la amistad de obispos y científicos amigos suyos ni se le impidió continuar con sus trabajos. Lo que por cierto le permitiría publicar poco después sus *Discursos y Demostraciones Matemáticas sobre dos Nuevas Ciencias*, considerada como su obra maestra. Las penas impuestas (prohibición de desplazarse libremente alejándose a su antojo de su hogar y rezar una vez por semana los siete salmos penitenciales), le fueron levantadas a los tres años.

Galileo tuvo suerte: si hubiera sido juzgado por las autoridades de la Iglesia Protestante, sí hubiera podido acabar en la hoguera como otros científicos que tuvieron la desgracia de caer en manos de los líderes religiosos defensores de la Reforma. El propio Lutero consideraba a Copérnico como “un astrónomo improvisado que intenta demostrar de cualquier modo que no gira el cielo sino la tierra”, lo cual “es una locura”; fue Lutero también quien advirtió de que “se colocará fuera del cristianismo quien ose afirmar que la tierra tiene más de seis mil años” y

otras amenazas semejantes. Finalmente, “Eppur si mouve!” resulta en este contexto una frase valiente y rebelde pero no la pronunció Galileo. Se la inventó el periodista Giuseppe Baretta en 1757 en una descripción de la obra del astrónomo.

La Academia de los Linceos como tal sobrevivió hasta 1651. Desde entonces hasta 1847, desapareció y fue refundada en varias ocasiones, hasta que en esta última fecha se renombró como Academia Pontificia de los Nuevos Linceos, ya sin el carácter privado que había demostrado al principio, puesto que quedaba bajo el patronato del papa Pío IV. Desde 1944 hasta nuestros días recibe el nombre oficial de Academia Pontificia de las Ciencias y, hoy, está formada por ochenta científicos de todo el mundo, respaldada por el Vaticano.

PRIMERA PARTE

El origen de los Illuminati

La verdad es lo que se hace creer.

FRANCOIS-MARIE AROUET,

VOLTAIRE, filósofo francés

Adam Weishaupt

La noche del 30 de abril al 1 de mayo de 1776, la famosa y siniestra noche de Walpurgis, un grupo de hombres decididos se reunía en un bosque de Baviera, en el sur de Alemania, para juramentarse entre sí la consecución de sus objetivos finales. El momento escogido no fue casual. Hubo que esperar a que se produjeran los sucesos de los Mártires del Movimiento obrero de Chicago, en 1886, para que el mundo moderno instituyera en su recuerdo el primero de mayo como el Día Internacional del Trabajo, aunque, en realidad, esta fecha ha sido sagrada para los europeos durante milenios, ya que constituía uno de los dos ejes del antiguo calendario celta, que rigió en la mayor parte de Europa occidental, antes de la expansión del Imperio Romano. En aquella época se la conocía como Beltaine o Beltené y en ella se celebraba el final del invierno —que comenzaba con otra gran celebración céltica, la del Samhain, el 1 de noviembre, que conmemora en la actualidad el cristianismo con el nombre de Todos los Santos, y el paganismo, con la fiesta de Halloween— con distintos rituales que incluían grandes hogueras. La luz de esas hogueras alumbró la mística de los antiguos europeos. La luz de las que tuvieron que encender los congregados en la oscuridad del bosque bávaro a finales del siglo XVIII ha incendiado a partir de entonces el mundo entero,

acercándole progresivamente al culto de un ser torturado aunque poderoso: Lucifer, el ángel de la luz.

Aquella fatídica noche nació la Orden de los Perfectibilistas, más conocida como la Orden de los Iluminados de Baviera o simplemente los Illuminati. Con el tiempo se convertiría en la más poderosa de las sociedades de la Antitradición.

Mi reino es de este mundo

Adam Weishaupt, catedrático de Derecho Canónico de la Universidad de Ingolstadt, es el enigmático fundador de esta orden, una de las sociedades secretas con peor reputación de los últimos siglos porque sus planes quedaron al descubierto de manera accidental. Nacido el 7 de febrero de 1748, su padre George Weishaupt era catedrático de Instituciones Imperiales y de Derecho Penal en el mismo centro universitario, y su familia era de origen Judío. A los cinco años de edad se quedó huérfano y fue acogido por su abuelo y tutor, el barón Johann Adam Ickstatt. Convertido al cristianismo, Adam Weishaupt ingresó en el colegio de los jesuitas, donde pronto destacó gradas a su gran memoria y su inteligencia por encima de la media. Luego ingresó en la Facultad de Derecho, en la misma universidad donde había enseñado su padre.

En la biblioteca de su abuelo tomó contacto con las obras de los filósofos franceses y empezó a interesarse por la masonería y otras organizaciones similares. Además, desarrolló un ideario personal que se vio reforzado por su gran amistad con Maximilien Robespierre, al que conoció durante un viaje a Francia. Más tarde, tuvo ocasión de contactar con un místico danés llamado Kolmer, que había vivido varios años en Egipto en calidad de comerciante y, a su regreso a Europa, había intentado poner en marcha una sociedad secreta de orden maniqueo. Durante sus

viajes, Kolmer se había entrevistado, entre otros, con el enigmático conde de Cagliostro en la isla de Malta. El joven Weishaupt, fascinado por su personalidad y sus conocimientos, le pidió que le iniciara en los llamados Misterios de los Sabios de Memfis, sin descuidar sus estudios «normales». Con 25 años se convirtió en profesor titulado y dos años después ya era catedrático en Ingolstadt.

La capacidad intelectual y personal de Weishaupt no había pasado inadvertida para sus mentores jesuitas, que, de hecho, le orientaron en su carrera hasta ordenarle sacerdote de su orden. Pero cuando descubrieron sus actividades heterodoxas lo expulsaron. No se puede decir que él lo sintiera mucho; para entonces ya estaba convencido de que el plan de Dios para el desarrollo de su creación resultaba tan endeble como impracticable en un mundo dominado por el materialismo, así que decidió cambiarse de bando y buscar otro tipo de iluminación, justo el contrario del prometido por el cristianismo. En ese sentido, necesitaba un grupo de trabajo que le permitiera profundizar en sus propios anhelos místicos a la vez que aplicaba sus ideas sobre el mundo físico. Una organización parecida a la de los jesuitas o la masonería, pero que fuera en una dirección muy diferente. Al no encontrar nada parecido, decidió fundarla él mismo en aquella noche de 1776, tras crear un reglamento a medio camino entre ambas sociedades y determinadas corrientes de falso rosacrucianismo. Entre los símbolos figuraba uno que pronto se haría célebre en el mundo entero: una pirámide con un ojo abierto en su interior. El Ojo que Todo lo Ve.

Sus primeros adeptos fueron cuatro alumnos de su propia cátedra, que inicialmente se dedicaron al proselitismo de acuerdo con una norma básica: sólo aceptaban la adhesión de personas bien situadas social y/o económicamente. Nadie podía acceder a la orden por deseo propio, sino por consentimiento de sus miembros. «Pocos, pero bien situados», solía

repetir Weishaupt, que no deseaba presidir una organización numerosa sino poderosa. Por ello buscó y encontró desde el primer momento el apoyo económico de un banquero que ha pasado a la historia como uno de los hombres más ricos del planeta: Meyer Amschel Rothschild. La historia de su clan estará muy presente en los sucesivos acontecimientos de este libro.

La estrategia de crecimiento selectivo surtió efecto y pronto apareció el primer adepto de rango social elevado, un barón protestante de Hannover llamado Adolph Franz Friedrich Ludwig von Knigge, que ya había sido iniciado en la masonería regular y que introdujo a Weishaupt en la logia de Munich, Teodoro del Buen Consejo. La ambición personal y la capacidad de movilización de Von Knigge orientaron al grupo hacia un rápido crecimiento, multiplicando por diez el número de miembros con la incorporación sucesiva de nobles del rango del príncipe Ferdinand de Brunswick, el duque de Saxe-Weimar, el de Saxe-Gotha, el conde de Stoiberg, el barón de Dalberg y el príncipe Karl de Hesse, entre otros. En poco tiempo, los Illuminati abrieron diversas logias en Alemania, Austria, Suiza, Hungría, Francia e Italia. Al cabo de dos años entre sus miembros apenas había una veintena de estudiantes universitarios, todos los demás pertenecían a la nobleza y la política o ejercían profesiones liberales como la medicina, la abogacía o la justicia. Incluso el muy famoso escritor Wolfgang Goethe se dejó seducir por los postulados de esa orden.

¿Cuáles eran éstos? Según se revelaba a los nuevos miembros se trataba de la sustitución del viejo orden reinante en el mundo por otro nuevo en el que los Illuminati actuarían como mando supremo para conducir a la humanidad hacia una era nunca antes vista de paz y prosperidad racional. Eso equivalía a un gobierno mundial en el que cada hombre contara lo mismo que los demás, sin distinción de nacionalidad, oficio, credo o raza. Todos, excepto los propios Iluminados, encargados de

regirlo. El propio Weishaupt escribió: « ¿Cuál es en resumen nuestra finalidad? ¡La felicidad de la raza humana! Cuando vemos cómo los mezquinos, que son poderosos, luchan contra los buenos, que son débiles... cuando pensamos lo inútil que resulta combatir en solitario contra la fuerte corriente del vicio... acude a nosotros la más elemental de las ideas: debemos trabajar y luchar todos juntos, estrechamente unidos, para que de este modo la fuerza esté del lado de los buenos. Pues, una vez unidos, ya nunca volverán a ser débiles.»

Dicho así, sus intenciones resultaban incluso loables. Sin embargo, los objetivos finales sólo eran conocidos por Weishaupt y sus más inmediatos lugartenientes. Nesta Webster, autora de *Revolución Mundial. El complot contra la civilización* y profunda conocedora del tema, describe así las seis metas a largo plazo de los Illuminati:

1." Aniquilación de la monarquía y de todo gobierno organizado según el Antiguo. Régimen.

2. ° Abolición de la propiedad privada para individuos y sociedades.

3. ° Supresión de los derechos de herencia en todos los casos,

4° Destrucción del concepto de patriotismo y sustitución por un gobierno mundial.

5. ° Desprestigio y eliminación del concepto de familia clásica.

6. ° Prohibición de cualquier tipo de religión tradicional.

Según el razonamiento de Weishaupt, no había grandes problemas

para conducir a los países de Oriente hacia esa unificación mundial, debido a la posibilidad de manipular las profundas conexiones de su cultura con el misticismo, el ritualismo y el eclecticismo. Sin embargo el pensamiento de Occidente era mucho más individualista, nacionalista y aventurero y además llevaba mucho tiempo dominado por el cristianismo. En especial, por la Iglesia católica, cuya obsesión por cortar de raíz cualquier mínima desviación del dogma convertía cualquier heterodoxia espiritual en una empresa arriesgada. Pero también por el movimiento protestante en ciernes, que, en esencia, suponía una especie de catolicismo sin Papa.

En consecuencia, su primer objetivo debía orientarse contra la cultura occidental. Y dado que tanto él como sus seguidores vivían en Occidente, el secreto era un arma imprescindible. Según él mismo: «Se trata de infiltrar a nuestros iniciados en la Administración del Estado bajo la cobertura del secreto, al objeto de que llegue el día en que, aunque las apariencias sean las mismas, las cosas sean diferentes.» Sólo de esta manera podría «establecer un régimen de dominación universal, una forma de gobierno que se extienda por todo el planeta. Para ello es preciso reunir una legión de hombres infatigables en torno a las potencias de la tierra, para que extiendan por todas partes su labor, siguiendo el plan de la orden».

La infiltración de la masonería

Weishaupt necesitaba ampliar su organización sin perder su control. Para ello, empezó a infiltrar a sus miembros en la masonería: captaba así a personas acostumbradas al secreto y el ceremonial, a las que sus ideas les resultarían familiares. Como algunas de las viejas escuelas de la Antigüedad, los masones llevaban mucho tiempo predicando que el sentido último de la existencia humana pasa por el perfeccionamiento

espiritual y personal hasta el punto de que, en algún momento del futuro, el hombre habría evolucionado lo suficiente para o necesitar Estado, ni religión, ni sociedad según los parámetros conocidos, pues todos los hombres serían hermanos. Este sistema global llegaría pacíficamente, a partir de una evolución natural. La novedad que ofrecía Weishaupt era la posibilidad de acortar los plazos y no tener que esperar cientos, quizá miles de años, hasta que la utopía deviniera realidad. El prometía materializarla en pocos años, quizá en el curso de una generación, aunque para ello hubiera que aplicar la violencia, ya que el viejo orden no se dejaría descabalgado con facilidad. A cambio, exigía obediencia ciega a su dirección, aunque sus órdenes no se comprendieran en un primer momento. Su propuesta se hizo tan popular que, según algunos autores, en 1789 controlaba por mano interpuesta la mayor parte de las logias masónicas, desde el norte de África hasta Suecia, desde España e Irlanda hasta Rusia, y también en los nuevos Estados Unidos de América.

Lo más probable es que la gran mayoría de Illuminati, sobre todo los de filiación masónica, desconocieran los métodos <mágicos> que pensaba aplicar Weishaupt para “traer el cielo a la tierra” en tan poco tiempo y que si hubieran imaginado los horrores que conllevaría la aplicación de sus ideas, tal vez no le hubiesen apoyado como lo hicieron. Como todas las organizaciones secretas de este tipo, aquí también se organizó el grupo de acuerdo con la técnica de círculos concéntricos o capas de cebolla, donde un iniciado adquiría mas información a medida que probaba su utilidad y su fidelidad y en consecuencia ascendía en la jerarquía, pero sólo los máximos dirigentes de la orden estaban al corriente de todo el plan.

Con estos mimbres y con su propia experiencia adquirida en las ceremonias masónicas, Weishaupt elaboró en compañía de Von Knigge el llamado Rito de los Iluminados de Baviera, que constaba de trece grados de iniciación agrupados en una jerarquía de tres series sucesivas. Algunos de ellos jamás fueron practicados y sólo llegaron a existir sobre el papel.

De menor a mayor, estos grados eran los siguientes: 1º. preparatorio, 2º. novicio, 3º. minerval, 4º. iluminado menor, 5º. aprendiz, 6º. compañero, 7º. maestro, 8º. iluminado mayor, 9º. iluminado dirigente, 10º. sacerdote, 11º. regente, 12º. mago y 13º. rey. El grado de iluminado menor marcaba la división entre los llamados Pequeños Misterios o Edificio Inferior, basado en el dominio de las capacidades del hombre, y los Grandes Misterios o Edificio Superior, el dominio de las capacidades del mundo, que implicaba poder político real. Según el reglamento de la orden, si un miembro alcanzaba el grado de sacerdote, no sólo estaba capacitado para asumir los poderes del Estado de manera efectiva, sino que debía actuar en consecuencia.

Además, Weishaupt dotó de un nombre simbólico a cada uno de los miembros. Von Knigge, por ejemplo, era *Philon*; Xavier von Zwack, uno de sus principales hombres de confianza, fue rebautizado como *Catón*; el escritor Wolfgang Goethe recibió el apelativo de *Abaris*; el filósofo Johann Gottfried von Herder se transformó en *Damasus*, etcétera. El se reservó para sí mismo el apelativo de *Espartaco*, en homenaje al gladiador de origen tracio que en el 73 a J.C. lideró la mayor revuelta de esclavos jamás organizada en la antigua Roma. Se veía a sí mismo como un nuevo héroe rebelde en contra del orden establecido tanto a nivel material como espiritual, una especie de Lucifer humanizado. “Cada hombre es su re, cada hombre es soberano de sí mismo”, decía el juramento del grado 13º., el último, de los Illuminati. De igual forma, las logias adoptaron nombres en clave. La de Munich pasó a llamarse Atenas; la de Ingolstadt era conocida como efeso; la de Frankfurt, Tebas; la de Heidelberg, Utica; y la de Baviera, Achaia.

En julio de 1782, diversas obediencias masónicas se reunieron en el convento de Wilhelmsbad. Aprovechando el conocimiento y el prestigio adquirido durante los últimos años, Adam Weishaupt intentó dar el definitivo golpe de mano que le permitiera unificar y controlar todas las ramas europeas de la organización. Sólo consiguió parte de sus objetivos:

un acuerdo para refundir los tres primeros grados de todas las obediencias, dejando el resto al libre arbitrio de cada una, así como un importante trasvase de miembros: muchos francmasones de otros grupos decidieron ingresar en la logia iluminista mientras que un número importante de miembros de ésta hacían lo propio en otras logias, duplicando así su filiación. En aquella época ya defendía abiertamente una iniciación muy lejana de las influencias judeocristianas y unos planteamientos políticos que implicaban la revolución como elemento irrenunciable en el camino hacia el éxito. Ni la Gran Logia de Inglaterra, que a partir de entonces quedó enfrentada formalmente a los Illuminati, ni el Gran Oriente de Francia, ni los iluminados teósofos del místico seco Swedenborg le apoyaron, pero sí los demás grupos.

Frustrado por los resultados del convento de Wilhelmsbad y pensando que no merecía la pena seguir luchando, Von Knigge dimitió y terminó sus días retirado en Bremen, donde falleció en 1796 tras publicar sus obras completas a las que añadió algunos sermones para varios templos protestantes. Weishaupt se encontró en una situación delicada, recibiendo los ataques de los masones ingleses a los que se unieron los de algunos martinistas (discípulos de Martínez de Pasqually, Louis Claude de Saint Martin y Jean Baptiste Willermoz, impulsores del martinismo, otra obediencia de índole masónica), aunque el peor golpe fue la traición de Joseph Utzschneider, quien, tras abandonar la orden, envió un documento de advertencia a la gran duquesa María Anna de Baviera en el que advertía de que “se da el nombre de Iluminados a estos hombres culpables que, en nuestros días, han osado concebir e incluso organizar, mediante la más criminal asociación, el horroroso proyecto de extinguir de Europa el cristianismo y la monarquía”.

El principio del fin... o el fin del principio

En junio de 1784, el elector de Baviera, duque Karl Teodoro Dalberg, ante la creciente alarma social planteada por la difusión de las acusaciones contra los Illuminati, aprobó un edicto por el cual quedaba estrictamente prohibida la constitución de cualquier sociedad, fraternidad o círculo secreto no autorizado previamente por las leyes vigentes. Un comunicado posterior identificaba a los Illuminati como una rama de la masonería y por tanto ordenaba el cierre de todas las logias masónicas. Poco después, Weishaupt fue destituido de su cátedra y desterrado, aunque encontró refugio en la corte de uno de sus adeptos, el duque de Saxe, que le nombró consejero oficial y le encargó la educación de su hijo. El resto de dirigentes de la orden se puso a salvo, refugiándose en la actividad de las logias masónicas europeas y americanas, antes de que en mayo de 1785 comenzaran las persecuciones, detenciones y torturas de los miembros inferiores de la organización.

Pero aún faltaba lo peor: en la noche del 10 de julio del mismo año, un enviado de Weishaupt, el abad Lanz, fue alcanzado por un rayo cuando galopaba en medio de una tormenta. Su cadáver no fue recuperado por miembros de la orden sino por gente del lugar que, al ver sus hábitos, lo recogieron con cuidado y lo trasladaron a la capilla de San Emmeran. Allí, entre sus ropas, encontraron importantes y comprometedores documentos que revelaban los planes secretos de la conquista mundial. Eso selló definitivamente el destino oficial de los Illuminati, que a partir de ese momento se convirtieron en una organización maldita. La policía bávara descubrió todos los detalles de la conspiración y el emperador Francisco de Austria conoció así, de primera mano, lo que se estaba tramando contra todas las monarquías y en especial contra la francesa, encabezada por su yerno Luis XVI y su hija María Antonieta. Ambos fueron informados también e incluso tuvieron oportunidad de examinar *Los Protocolos o Escritos originales de la orden y secta de los Illuminati*, que acabó por publicar el gobierno de Baviera para alertar a la nobleza y el clero de toda Europa. No obstante, la desaparición formal de los Illuminati, junto con el

destierro de Weishaupt y la detención de muchos de sus adeptos, los convenció de que la trama había sido abortada por completo.

Sin embargo, la llamada Revolución francesa estaba ya en puertas y nada volvería a ser igual en el viejo continente a partir de 1789, empezando por el hecho de que los reyes de Francia no sobrevivirían a la gran sublevación del republicanismo. Adam Weishaupt murió mucho después, en noviembre de 1830, a la edad de 82 años. Durante su largo exilio tuvo tiempo de sobra para regodearse con los resultados de sus maquinaciones. Sabía que él no sería el encargado de culminar el gran proyecto de los Illuminati, pero ya no le importaba, otros lo terminarían por él y, cuando lo hicieran, no tendrían más remedio que rendir homenaje a su memoria. En realidad, ¿no había estado predestinado a eso desde el mismo instante de su nacimiento por su propio nombre? ¿Acaso *Adam* no significaba “Adán” o “El primer hombre”? ¿Acaso *weis* no era un tiempo verbal del alemán *wissen*, “saber” y *haupt* se podía traducir como “líder” o “capitán”?

¿Acaso Adam Weishaupt no se podía interpretar como “el primer hombre que lidera a aquellos que poseen la verdadera sabiduría”?

Además, los Illuminati no habían desaparecido definitivamente.

*Permitidme fabricar y controlar el dinero
de una nación y ya no me importará quién
la gobierne.*

MEYER AMSCHEL ROTHSCHILD

banquero alemán

Los Rothschild

“No hay como ser rico para que todo el mundo se crea con derecho a criticarlo a uno”. Eso debieron pensar los miembros de la familia Rothschild cuando leyeron en enero de 1991 la entrevista a John Todd publicada por la revista norteamericana *Progreso para todos*. Miembro del Consejo Masónico de los Trece, John Todd afirmaba que el famoso icono de la pirámide y el ojo resplandeciente con el que se representa por lo general a Dios significa en realidad algo muy distinto: la mirada vigilante de Lucifer. Según sus palabras, la imagen fue creada por los Rothschild y llevada después a Estados Unidos por dos significados masones y padres fundadores de la nación, Benjamín Franklin y Alexander Hamilton, antes de que comenzaran la revolución y la guerra de independencia de Inglaterra. “La familia Rothschild es la cabeza de la organización en la que yo entré en Colorado, y todas las hermandades ocultas forman parte de ella”, aseguraba, “porque en realidad todas pertenecen al mismo grupo dirigido por Lucifer para instaurar su gobierno a nivel mundial”. Añadía aún más: “Dicen que los Rothschild tienen trato personal con el demonio. Yo estuve en su villa y lo he vivido. Sé que es cierto”.

Poderoso caballero...

La historia de los Rothschild, como la de todos los millonarios hechos a sí mismos, resulta apasionante por la ambición, el riesgo, la falta de escrúpulos y la inteligencia que a nivel personal demuestran todos los que están convencidos de que desean morir en una cama de oro, aunque hayan nacido en una de barro. Y también porque, como diría el refrán francés, enseña la forma en que uno puede “pringar en todas las salsas sin que se salpique la camisa”.

Conviene aclarar un concepto erróneo en relación con el poder y el dinero: estamos acostumbrados a pensar que la mayoría de los grandes dirigentes históricos eran, sobre todo, personajes ricos. Tanto, que podían permitirse todo tipo de lujos y aventuras gracias a sus presuntas inmensas fortunas atesoradas en castillos protegidos por multitud de soldados. Su divertimento favorito, pensamos, era hacerse la guerra unos a otros de vez en cuando para ver quién se convertía en emperador.

En realidad, esos reyes, desde los antiguos mesopotámicos hasta los monarcas ilustrados, disponían de guardias armados permanentes más o menos numerosos, pero no de ejércitos formales que sólo se podían reunir para ocasiones especiales porque la guerra ha sido siempre un vicio caro —éste es uno de los motivos que obligó con el paso del tiempo a constituir los ejércitos nacionales, es decir el servicio militar obligatorio—. Con la mayor parte de la población dedicada a la producción agrícola, ganadera y pesquera, sólo unos pocos se podían permitir el lujo de dedicarse a la carrera de las armas desde temprana edad y éstos solían ser los que ya tenían la vida solucionada pues pertenecían a la clase dirigente. Aparte de ellos, el rey podía contar con tantos guardias personales en función del dinero que tuviese para pagarlos de su propio bolsillo. Si se aspiraba a conquistar un territorio vecino o simplemente o simplemente destronar al monarca rival para instalar a otro más amistoso, hacía falta un mayor número de combatientes. Durante mucho tiempo, el método más común para formar un ejército fue el de reclutarlo por la fuerza entre los campesinos. Mal armados y entrenados, los integrantes de esta soldadesca

carecían de grandes tácticas y su forma de hacer la guerra consistía más en invadir y devastar el territorio enemigo que en afrontar choques directos contra otra chusma, armada de la misma manera. Además, las guerras sólo se podían llevar a cabo en determinadas épocas del año: cuando las labores de producción agrícola no requerían la presencia constante de los hombres en el campo.

A medida que los reinos fueron creciendo en tamaño, y con ellos las ambiciones de sus dirigentes, se hizo necesario replantear el concepto de ejército para contar con una fuerza verdaderamente eficaz, bien equipada y mejor entrenada, que pudiera actuar en cualquier época del año. El problema seguía siendo el mismo: cómo pagarla. La solución fue el saqueo de las ciudades, que para entonces ya eran núcleos de población importante provistos de insospechados recursos. Los generales prometían a sus hombres todo el botín que pudieran tomar durante el asalto a las ciudades rivales después de ganar cada batalla: esclavos, ganado, joyas, telas o cualquier otra cosa que no quedara fijada de antemano como objetivo reservado para el mando. De esta manera, además, los mercenarios se entregaban con mayor entusiasmo a la lucha pues sabían que si no vencían, tal vez pudieran conservar la vida y el empleo, pero se quedarían sin cobrar. Durante la época de la antigua Roma, ésta consiguió desarrollar una magnífica maquinaria militar gracias a las riquezas que los legionarios robaban en los sucesivos países conquistados (y que tan rápidamente perdían en el juego o el despilfarro), pero también por otros alicientes: la promesa de la ciudadanía romana y de concesión de tierras al final de su servicio, y la propia y creciente disciplina impuesta por los veteranos.

Con todo, el número de hombres en armas nunca fue tan grande como las engañosas imágenes del cine intentan hacernos creer hoy en día. En general, no hubo ejércitos de miles, decenas o cientos de miles de guerreros provistos de brillantes armaduras y luchando entre sí en las batallas de las antiguas civilizaciones. En la Edad Media, por ejemplo, la

guarnición de un castillo importante podía contar con una docena de infantes y tres o cuatro hombres a caballo, o poco más. Si eso parece poca defensa, hay que tener en cuenta que tampoco solía haber muchos más atacantes. La posesión, el mantenimiento y el entrenamiento de un solo caballo costaba mucho en aquella época. En la llamada Edad Oscura, si un monarca pretendía iniciar una guerra en serio contra otro debía consultarlo antes con sus señores feudales. La mayor parte de los reyes medievales eran poco más que *primus inter pares* sostenidos por la fuerza y el respeto de sus señores. Si perdía su liderazgo ante ellos o pretendía retirarles algún privilegio, los mismos leales vasallos podían organizar una rebelión con relativa rapidez y despojarle del trono y de la vida.

Por lo demás el rey era tan rico como lo fuese su reino. Los señores feudales recaudaban de sus siervos una cantidad concreta —se ha calculado que en torno a un tercio de la producción total final de cada siervo—, de la cual deducían una parte para su soberano y se quedaban con el resto. A menudo el soberano tenía más problemas económicos que ellos, por culpa de lo que hoy llamaríamos sus gastos de representación y, sobre todo, por el afán de incrementar su reino para lo cual necesitaba armar un ejército de vez en cuando y enviarlo a una campaña de conquista. Pero si ésta no terminaba con victoria o, aun siendo un triunfo, no arrojaba el botín esperado, el problema empeoraba.

La única solución era el banquero. La antigua y relativamente misteriosa institución de la banca está documentada desde tiempos inmemoriales, pues se ha encontrado una forma primitiva de ella en los templos de las antiguas civilizaciones entre el Tigris y el Éufrates. El prestamista adquirió pronto un papel primordial en el desarrollo de la economía de los pueblos, pues sus recursos permitían afrontar aventuras para las que de otra manera no se podía reunir la financiación necesaria con relativa rapidez. No obstante, su prestigio económico aumentó en paralelo a su desprestigio social, tanto por la envidia y el rencor del resto de la población como por la usura, que se convirtió casi desde el primer

momento en la perversión favorita del sector. Además, el banquero siempre salía ganando en su negocio con independencia de la suerte que el particular corriera con la suma adelantada, porque reclamaba garantías iguales o superiores a la misma. Si en el momento del vencimiento de la deuda el particular podía subsanarla, él ganaba el interés. Y si aquél no podía hacer frente a la devolución económica, el banquero se quedaba con la garantía: casa, tierra, ganado, derechos mineros...

Ahora bien, el problema que afrontaron los banqueros cuando los primeros reyes acudieron a ellos en busca de dinero para pagar a sus ejércitos no era desdeñable. A un particular se le puede embargar aplicándole la ley, pero ¿a un monarca? Lo más probable era que si un prestamista pretendía presionar a un rey moroso se encontrase con que su deudor diera la orden de que le cortaran la cabeza, como de hecho debió de suceder al principio. Así que hubo que aguzar el ingenio para compensar sus riesgos, y así nació una doble estrategia.

En primer lugar, el banquero exigía cierta cuota de poder real inmediato a cambio del préstamo, método por el cual accedía a títulos nobiliarios o recibía el control de tierras o negocios públicos cuando el soberano no podía compensarle económicamente. En poco tiempo, todos los tronos europeos contemplaron así el nacimiento de una nueva e influyente categoría de cortesanos y consejeros que no provenía de la aristocracia ni del clero, sino de la banca. En segundo lugar, se diversificaron las apuestas. Es decir, se apoyaba públicamente al rey, pero también de forma más discreta a uno de sus más directos enemigos, un aspirante al mismo trono, un monarca rival o incluso al mismo enemigo al que se enfrentaba en la lucha para la que había pedido previamente el dinero. De esta manera, en caso de que el primero no devolviera la cantidad adelantada y en el tiempo pactado, se podía cortar su financiación a la vez que se incrementaba la línea de crédito al segundo, dándole a entender que dispondría de todo lo que necesitara para destruir a su rival. De paso, se fidelizaba también al enemigo del rey. En ocasiones, era

preciso financiar a terceros y hasta cuartos elementos factibles de entrar en el juego para asegurarse de que éste terminara con el deseado beneficio. Esta doble estrategia se perfeccionó hasta constituir la marca distintiva de determinadas familias de banqueros. Durante el siglo XIX, éstas adoptaron además una pose cosmopolita, una proyección social y un interés exagerado en asumir las deudas de los distintos gobiernos, por lo que se les acabó conociendo como “banqueros internacionales”.

El color de la revolución

La casa Rothschild, fundada por Meyer Amschel, apodado *Rothschild*, pionero de la saga, constituyó desde el principio el mejor ejemplo de este tipo de banca. Meyer nació en 1743 e instaló su primer negocio financiero en la ciudad germana de Frankfurt am Main, su ciudad natal. Hijo del banquero y orfebre judío Moisés Amschel Bauer, el origen de su famoso apellido hay que buscarlo en el sobrenombre por el que todo el mundo le conocía en la ciudad, debido a que en la fachada del edificio donde tenía instalado su negocio colgaba un escudo de color rojo (en alemán *rot* es “rojo” y *schild* significa “escudo”). La tradición considera el rojo como una tonalidad solar, vivificante, fortalecedora y de carácter positivo, pero, a partir de la época del primer Rothschild y hasta la actualidad, el escudo o la bandera de este color se convirtió en el emblema de las sucesivas revoluciones de izquierda que han sacudido al mundo.

Meyer se inició en el negocio bancario de su propio padre y más tarde viajó a Hannover para perfeccionar su oficio con la familia Oppenheimer. Gracias a su intensa actividad, su visión comercial y su don de gentes, entabló amistad con el general Von Storff, quien lo introdujo en la corte del landgrave de Hesse-Kassel, y poco después empezó a trabajar para el mismo príncipe Wilhelm IX, que se dedicaba a ganar dinero de todas las formas posibles y muy especialmente con la guerra. El príncipe reclutaba a los mercenarios que necesitaban diversas monarquías europeas

para solventar sus rencillas entre sí, multiplicadas a raíz de los desequilibrios generados por la Revolución francesa: los equipaba y alojaba hasta que partían definitivamente a la batalla, y cobraba un porcentaje por cada operación. Meyer comprendió en seguida cómo funcionaba el negocio y se aplicó a él con gran eficacia. La mejor prueba es que pronto adquirió una pequeña fortuna personal, que incrementó reinvertiendo en todos aquellos negocios en los que pudiera ganar más, desde el comercio de vinos hasta la venta de antigüedades, sin olvidarse del original oficio bancario que consolidó de regreso a su Frankfurt natal.

El dinero no es un fin en sí mismo, sino un simple medio para lograr otros objetivos verdaderamente importantes en la vida. Muchas personas no comprenden lo que significa exactamente eso hasta que cumplen una edad avanzada o hasta que, en contados casos, amasan una gran fortuna como la que consiguió reunir Meyer en un tiempo récord. ¿Cuáles eran los sueños personales del primero de los Rothschild? ¿En qué deseaba utilizar sus elevados ingresos, en realidad? Muy probablemente, en ganar poder. Al fin y al cabo ésta es la gran tentación de todos los hombres que consiguen sobresalir en la jerarquía social. Es posible que Meyer fantaseara con la posibilidad de utilizar su riqueza para forzar su coronación en alguna parte del mundo, aunque, en la época de las monarquías absolutas ligadas a largas dinastías, el mero hecho de expresar algo así en voz alta podría haberle costado la vida. Un puñado de espadas y mosquetes de un rey pobre podían acabar con facilidad con los sueños de un banquero rico. Y sin embargo, ¿por qué la monarquía tenía que ser hereditaria, aunque los sucesores de un hipotético rey fueran unos ineptos? O aunque no lo fueran. ¿Por qué no se podía catapultar a los verdaderos animadores de la economía y la sociedad, como él mismo se consideraba, a primera fila? ¿Es que no había ninguna posibilidad de cambiar el orden de las cosas?

En este escenario aparecieron los Illuminati de Weishaupt, y, de pronto, Meyer entendió que existía otro medio de acceder al poder. Si no de frente, actuaría entre bambalinas.

Desde el primer momento, la familia Rothschild amparó y financió la trama de los Iluminados de Baviera, hasta el punto de que Meyer los congregó en su propia casa de Frankfurt en 1786. Según diversos expertos, en aquella reunión el objetivo principal fue el estudio detallado de los preparativos de la Revolución francesa, que sucedió pocos años después. Allí se acordó, entre otras cosas, todo el proceso de agitación prerrevolucionaria, el juicio y ejecución públicos del rey francés Luis XVI y la creación de la Guardia Nacional Republicana para proteger el nuevo régimen. Algunos años más tarde, el diputado y miembro del Comité de Salud Pública de la Asamblea Nacional, Joseph Cambron, llegó a denunciar veladamente estos hechos, recordando que a partir de 1789 “la gran Revolución golpeó a todo el mundo, excepto a los financieros”. Siguiendo el proyecto original de los Illuminati, también se diseñó el plan para extender el proceso revolucionario al resto del continente europeo y provocar un cataclismo social que beneficiara a los intereses de la sociedad secreta.

Dos años antes de morir en 1812, el primero de los Rothschild ya había planeado el futuro de su negocio asociando a sus cinco hijos varones (y, según su testamento, excluyendo de manera explícita a sus hijas de cualquier participación accionaria) en la empresa que a partir de entonces pasaría a denominarse Meyer Amschel Rothschild e Hijos. Así constituyó la primera red financiera europea de gran alcance, porque cada hermano se instaló en una ciudad diferente y abrió su propio establecimiento, que representaba una quinta parte de la propiedad general. Amschel hijo se quedó en Frankfurt, Karl se marchó a Nápoles, Natham a Londres y Salomón a París, donde al poco tiempo fue sustituido por James mientras él abría una nueva sucursal, esta vez en Viena. Eran las ciudades más importantes de la época, de modo que los cinco hermanos podían reunirse

periódicamente para intercambiar información y obtener una visión de conjunto bastante veraz acerca del desarrollo político y económico de Europa, así como para coordinar sus estrategias. Los hermanos se habían juramentado para proseguir la labor de su padre, con la ventaja de que cada uno de ellos podía contar con el apoyo incondicional de los demás, y decidían así qué dirigentes de una u otra nación servían mejor a su causa y, en consecuencia, les prestaban o no el dinero solicitado.

Su enriquecimiento económico aumentó junto a su influencia en los distintos gobiernos europeos. Buen ejemplo es la rama francesa presidida inicialmente por Salomón, que, en poco tiempo, pasó de figurar en los archivos policiales por su actividad de contrabandista a ser una gran figura de la corte y de la alta sociedad. Fue a partir de 1823 cuando el rey Luis XVIII obtuvo de él un empréstito de 400 millones de francos, el primero de una interesante serie. Meses después, el banquero era condecorado con la Legión de Honor por “sus valiosos servicios a la causa de la Restauración”. Más tarde, Salomón partió a Viena donde muy pronto se hizo con la amistad personal del canciller Metternich y con las simpatías de la corte imperial. Sus relaciones con la curia romana también fueron viento en popa, hasta el punto de negociar un importante préstamo al mismo Estado Vaticano.

El resultado de todas esas maniobras fue que a partir de entonces la casa Rothschild se convirtió en sinónimo de riqueza y poder sin fronteras.

Un ejercicio de estilo

Una de las armas principales de la familia para lograr el éxito constante en sus negocios ha sido el manejo de información privilegiada para adelantarse a sus competidores. Una cualidad muy útil en lugares como la Bolsa, donde se puede perder o ganar una enorme cantidad de dinero en unos minutos. En teoría, el mercado bursátil es un sistema útil a

la hora de facilitar dinero a las empresas en desarrollo. En la práctica, funciona a menudo como una especie de casino especializado donde los especuladores llevan todas las de ganar y, de hecho, gustan de adornarse a sí mismos con el título de “tiburones financieros”.

Durante las guerras napoleónicas, los Rothschild apoyaron por igual a Bonaparte y a Wellington (siguiendo la vieja regla de apostar por el rey y por el monarca rival al mismo tiempo), pero la jugada maestra se produjo a raíz de la batalla de Waterloo.

Para entonces, el Pequeño Corso ya había perdido el favor de los poderes ocultos que le habían impulsado a lo más alto de su carrera, entre ellos algunas poderosas logias masónicas, pero todavía le quedaban fuerzas y ambición para un último intento de recuperar su vieja gloria. Así lo hizo durante el período de los Cien Días, tras escapar de su primer exilio insular en Elba. Ingleses, prusianos, austriacos y rusos organizaron en seguida un importante ejército para aplastarle definitivamente y se enfrentaron con los franceses en la planicie belga de Waterloo a mediados de junio de 1815. Uno de los Rothschild fue testigo privilegiado de la batalla y, cuando se aseguró de que Marte, dios de la guerra, sonreía a los aliados comandados por el británico duque de Wellington y el general prusiano Blücher, salió del lugar al galope.

Llegó a la costa francesa reventando a sucesivas monturas, donde pagó un dineral para cruzar con urgencia el canal de la Mancha y, una vez al otro lado, volvió a galopar hasta llegar a Londres. Una vez allí irrumpió en el English Stock Market (Bolsa de Valores Inglesa) y, con aire agitado, empezó a vender acciones a cualquier precio hasta que se deshizo de todas ellas. El resto de agentes bursátiles conocían el potencial informativo que manejaba la red bancaria de los Rothschild, por lo que dedujeron que semejante actitud sólo podía significar una cosa: los aliados habían sido derrotados en Waterloo, Napoleón y Francia volvían a brillar en todo su esplendor, y lo más probable es que sólo fuera cuestión de tiempo que intentaran vengarse de Inglaterra, cruzando el canal de la Mancha e

invadiéndola. El pánico se apoderó del mercado, que cayó a mínimos nunca vistos. En medio del caos, sólo un pequeño grupo de agentes anónimos se dedicaba a comprar acciones, que quemaban en las manos de los vendedores, a un precio miserable.

Poco después llegaron al fin noticias fidedignas de la victoria de Wellington y Blücher. La Bolsa se recuperó con rapidez. La gran diferencia era que las acciones más importantes estaban ahora en manos del banquero que las había comprado a través de los agentes anónimos y que no era otro que el mismo Rothschild. Nunca una cabalgada resultó más rentable.

Instalados en la respetabilidad que conceden las grandes fortunas, a partir de ese momento los Rothschild no hicieron más que incrementar su poder hasta que se quedaron sin rivales en Europa. Entonces se planteó un nuevo reto: la conquista financiera de América. Un grupo de Illuminati había escapado allí tras la persecución desatada en 1785 y se estaba reorganizando con rapidez, a salvo del largo brazo de las fuerzas monárquicas y católicas. En consecuencia, parte de la familia hizo las maletas y cambió los elegantes y elitistas salones de té europeos por los más rudimentarios establecimientos de los financieros del este de Estados Unidos.

*Una revuelta puede ser espontánea,
una revolución jamás lo es.*

JACQUES BORDIOT
periodista y escritor francés

La Revolución francesa

Entre las postales que hay a la venta en el Museo Carnavalet de París figura una reproducción de uno de los cuadros más famosos que se pueden admirar en su interior. Se trata de una alegoría de finales del siglo XVIII que representa los derechos del hombre y el ciudadano, rubricados en 1789. Como en otras obras del mismo estilo, el texto aparece impreso sobre una especie de Tablas de la Ley rodeado de símbolos de la época. Un par de ángeles pintados en la parte superior certifican la bondad del contenido y, en lo más alto del cuadro, presidiéndolo todo, hay un triángulo con un ojo abierto en su interior irradiando luz. El emblema que desde entonces se ha utilizado en todo el mundo para representar a Dios... y también el signo máximo de los Illuminati.

Curtis B. Dall, ex yerno del presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt y declarado masón, es uno de los muchos especialistas que aseguran que los Iluminados de Baviera no sólo no desaparecieron tras la persecución en Alemania, sino que se reconstituyeron en la clandestinidad y siguieron adelante con sus planes. En su opinión, participaron, y muy activamente, en el desarrollo de la Revolución francesa.

Preparando la revolución

Cualquier libro o enciclopedia de historia califica la Revolución francesa como uno de los hechos fundamentales de la civilización moderna, que, entre otras cosas, sirvió como precedente para definir algunos de los estándares ideológicos que desde entonces ha lucido la democracia: el concepto actual de ciudadano, los derechos civiles, el sufragio universal, el humanismo y la libertad de pensamiento... El impacto de los hechos que condujeron a la caída de la monarquía de Luis XVI y su sustitución por una república, aboliendo el mito de invencibilidad del absolutismo, fue de tal calibre que aún hoy los franceses celebran su fiesta nacional el 14 de julio, festejando la toma de La Bastilla y cantando *La Marsellesa*. En general, la imagen que el ciudadano de a pie posee de la Revolución francesa suele estar bastante idealizada; piensa en ella como una época llena de peligros y aventuras, pero también hermosa y esforzada, que hubiera merecido la pena vivir.

Hay muchos libros escritos sobre los aspectos externos y visibles de los hechos de 1789 y los años posteriores, así que no nos extenderemos demasiado sobre ellos, sino sobre los que no suelen aparecer en primera página porque los Illuminati se han especializado en disimular su presencia en los documentos históricos.

Aquellos que justifican el desencadenamiento del proceso revolucionario en las pésimas condiciones generales de la población francesa, y sobre todo en las sucesivas hambrunas de las clases inferiores, desconocen la influencia de los Illuminati en los acontecimientos. Prácticamente todos los pueblos europeos han atravesado en algún momento de su historia circunstancias críticas parecidas o peores y nunca hasta finales del siglo XVIII se había producido una rebelión organizada

como la que padeció Francia en aquella época, ni una convulsión político-social como la que llevó implícita. Tampoco el crecimiento de la burguesía, ni la cacareada “crisis del absolutismo” o razones similares que se han aducido para justificar los acontecimientos parecen suficientes. Ni siquiera la combinación de todas ellas. ¿Entonces? ¿Acaso los franceses son una raza aparte respecto al resto de los europeos?, ¿los únicos capaces de cambiar de arriba abajo en tan poco tiempo un orden social consolidado durante siglos?

La única gran diferencia entre 1789 y otros momentos parecidos de épocas anteriores radica en la preparación consciente del proceso revolucionario, que se calculó al detalle durante varios años antes de su estallido. Nada quedó al azar. Cuando saltó la primera chispa fue porque la cadena de acontecimientos que seguiría estaba perfectamente trabajada en ese sentido, aunque, al final, la violencia y la brutalidad de su desarrollo hizo que sus creadores perdieran las riendas de éste.

Los expertos en la materia saben que para que se produzca un proceso revolucionario con éxito “es imprescindible disponer de una situación previa de grave alteración generalizada que fuerce a la población no ya a pedir, sino a exigir un cambio”. Si éste no se produce se multiplicarán los motines y las revueltas, pero es casi imposible que se llegue a la revolución en sí “a no ser que existan dos factores muy concretos” que canalicen la misma: “un clima cultural e intelectual” que alimente y reconduzca las fuerzas en efervescencia, y “un grupo constituido” que se encargue de “organizar y movilizar a las masas” dirigiéndolas hacia los diversos objetivos, aunque ellas o, mejor dicho, y sobre todo ellas “no se den cuenta de que alguien las está manipulando”.

El clima cultural que se necesitaba para la Revolución francesa se larvó en los años previos de la Ilustración y el enciclopedismo, y sus principales inspiradores fueron el filósofo Charles Luis de Secondat,

barón de Montesquieu, el teórico de la división de poderes, que fue iniciado en la masonería durante una estancia en Londres y por ello, según cierta tradición masónica, puede ser considerado como el primer masón de Francia, y Francois de Salignac de la Mothe, más conocido como Fenelón, arzobispo de Cambrai, cuyo secretario y ejecutor testamentario fue Andrew M Ramsay, uno de los artífices de la masonería moderna.

En cuanto al grupo constituido, es evidente que los masones llevaron desde el principio la voz cantante, aunque da la impresión de que había al menos dos clases de masonería actuando: la “normal” y la infiltrada por los Illuminati. Diversas fuentes, empezando por algunos protagonistas de la época como Marat o Rabaut Saint-Étienne denunciaron en su momento la presencia de “agitadores extranjeros”, sobre todo ingleses y prusianos, que dirigieron al populacho en los principales episodios, como la toma de La Bastilla o el asalto al palacio de las Tullerías. En las confesiones obtenidas durante el posterior proceso a la fracción extremista aparecen, entre otros agentes, los de un banquero prusiano llamado Koch, los austríacos Junius y Emmanuel Frey, y un español apellidado Guzmán. Sin olvidar que una de las figuras de mayor interés al inicio de los acontecimientos, Felipe de Orleans, posteriormente rebautizado como Felipe Igualdad, que llegaría a ocupar el cargo de maestro del Gran oriente de Francia, había sido iniciado en la Gran Logia Unida de Inglaterra y, por tanto, podría haber actuado aconsejado por estos rivales de los Illuminati.

Recordemos la reunión organizada por los Rothschild pocos años antes en Frankfurt, en la que se había estudiado el desencadenamiento del proceso revolucionario. Según el especialista Alan Stang, uno de los delegados franceses que asistieron a ese encuentro fue el introductor de los Iluminados en Francia, el político, orador y escritor francés Honoré Gabriel de Riqueti, más conocido como conde de Mirabeau, presidente de

la Asamblea Nacional Francesa en fecha tan crítica como la de 1789, y cuyo nombre simbólico era el de *Leónidas*.

Mirabeau había sido captado años atrás durante su visita a la corte prusiana de Berlín como enviado del propio Luis XVI. Gracias a su influencia, los Illuminati penetraron en la logia parisina Los Amigos Reunidos, rebautizada como Philalethes (buscadores de la Verdad). Entre los prohombres conducidos a la “iluminación” por su labor proselitista figuran Desmoulins, Saint Just, Marat, Chenier... y el obispo Charles Maurice de Talleyrand Périgord, de trayectoria tortuosa pero larga, puesto que siguiendo los planes de Weishaupt reorganizó en noviembre de 1793 las iglesias de Francia, motivo por el cual fue formalmente excomulgado por el Papa; más tarde fue el encargado de dar el visto bueno a la coronación de Napoleón como emperador y, aún después, llegó a ser ministro de Negocios Extranjeros con Luis XVIII durante la segunda restauración. Una de las obras más célebres de Mirabeau, su *Ensayo sobre el despotismo*, que había redactado durante uno de los encierros a los que le sometió su padre en su juventud para intentar frenar sus costumbres libertinas. En público, siempre defendió la monarquía constitucional, aunque su propia ideología no podía estar más de acuerdo con los principios revolucionarios.

Además de los Illuminati, se ha hablado de la influencia de la Orden de los Templarios o, más bien, de sus herederos. La leyenda afirma que, cuando la cabeza de Luis XVI caía guillotizada ante la turba, una voz más alta que las otras gritó: “¡Jacques de Molay, estás vengado!”

Recordemos que de Molay fue el último de los maestros templarios, ejecutado por orden del rey francés Felipe el Hermoso. Cierta tradición masónica liga a las logias con el linaje templario, cuando un puñado de caballeros perseguidos logró embarcar en el norte de Francia en un buque con destino a Escocia. Allí encontraron refugio en las

hermandades de constructores, con las que se fundieron y constituyeron el llamado Rito Escocés Antiguo y Aceptado. En aquel momento nació la idea de “la venganza Templaria”, según la cual, los templarios “masonizados” asumirían como objetivo político no sólo el derrocamiento de los herederos de Felipe el Hermoso, sino de toda la dinastía Capeta. En el ritual del grado 30 del rito escocés se puede leer:

“La venganza templaria se abatió sobre Clemente V no el día en que sus huesos fueron entregados al fuego por los calvinistas de Provenza, sino el día en que Lutero levantó a media Europa contra el papado en nombre de los derechos de consciencia. Y la venganza se abatió sobre Felipe el Hermoso no el día en que sus restos fueron arrojados entre los desechos de Saint-Denis por una plebe delirante, ni tampoco el día en que su último descendiente revestido del poder absoluto salió del Temple, convertido en prisión del Estado, para subir al patíbulo [en referencia a Luis XVI], sino el día en que la Asamblea Constituyente francesa proclamó frente a los tronos, los derechos del hombre y del ciudadano.”

La Gloriosa

En un principio, la masonería de Francia se definía como una “sociedad de pensamiento” de influencia cristiana, pero pronto renunció a ese origen bajo la influencia de ideólogos ingleses, de los que heredó el racionalismo mecanicista que desarrolló en las teorías de Voltaire y su círculo, y alemanes de los que asumió el fuerte misticismo germano y la orientación del martinismo. La primera logia masónica había sido constituida en territorio galo en 1725 con el nombre de Santo Tomás de París y fue reconocida por la masonería de Inglaterra siete años más tarde. Se extendió con rapidez entre la nobleza: El Duque de Villeroy, amigo íntimo de Luis XV, fue uno de los primeros iniciados franceses y se cuenta que el

mismo soberano llegó a ingresar en la Logia de Versalles junto con sus dos hermanos. Sin embargo, en 1737 fue oficialmente prohibida, ya que británicos e ingleses estaban en guerra y la monarquía de París temía que el secreto de sus conciliábulos sirviera para albergar algún tipo de traición.

Fieles a su tradición de clandestinidad los masones hicieron caso omiso de la prohibición y prosiguieron sus reuniones aún con mayor discreción en un hotel ubicado precisamente en el barrio de La Bastilla. Un primo del rey, Luis de Borbón Condé asumió la responsabilidad de Gran Maestro hasta 1771. De ese modo, la organización fue ganando peso e influencia mientras se extendía por toda Francia y crecía el debate en su propio seno: ¿Centrarse en el trabajo interno o volcarse hacia el mundo y, en especial, a la política?. Al acceder a la dirección del Duque de Chartres se produjo la fractura definitiva entre el Gran Oriente de Francia y el Oriente de Francia. Unos apostaban por la indiferencia religiosa y la intervención activa en el ambiente político-social del país, mientras que otros insistían en que los rituales masónicos se habían constituido originalmente para centrarse en el desarrollo espiritual.

Poco antes del estallido revolucionario, existían al menos 629 logias en Francia, de las que sólo París contaba con 63. Se calcula que el número de francmasones franceses no bajaba de los 75,000. Y otro dato elocuente: el periodo revolucionario comenzó con la convocatoria de los Estados Generales, representantes del clero, la nobleza y el pueblo llano; de los 578 miembros del Tercer Estado, al menos 477 habían sido iniciados en diferentes logias masónicas, a los que hay que sumar los 90 masones de la aristocracia y un número todavía indeterminado en el clero.

No se conoce si es que existe un documento escrito en el que la masonería definiera alguna directiva concreta para iniciar, dirigir, sostener o canalizar directamente el proceso revolucionario, pero los números son elocuentes. Todos los ideólogos del nuevo régimen, así como la totalidad de sus dirigentes políticos sin ninguna excepción de interés fueron masones. Desde los teóricos y propagandistas como Montesquieu,

Rousseau, D'Alambert, Voltaire y Condorcet, hasta los activistas más destacados de la revolución, el Terror, el Directorio e incluso el Bonapartismo como los ya citados Mirabeau, Desmoulins, Marat, y también Robespierre, Danton, Fouchè, Siéyès...hasta el propio Napoleón. El misterio reside en averiguar cuáles de ellos militaban también en las filas de los Illuminati y cuáles eran dirigidos por sus propios compañeros sin darse cuenta, aunque podríamos encontrar alguna pista en los boletines de los clubes jacobinos que utilizaban masivamente el ícono del Ojo que Todo lo Ve.

No sólo eso. Los ciudadanos ignorantes asumieron como originales y propios de la revolución una serie de símbolos que en realidad siempre habían pertenecido a la masonería, como el gorro frigio, los colores de la bandera republicana (azul, blanco y rojo eran los distintivos de los tres tipos de logia vigentes en la época) y la escarapela tricolor (inventada por Lafayette francmasón y carbonario), la divisa “Libertad, Igualdad, Fraternidad” e inclusive la Marsellesa (himno compuesto por el masón Roger de L'Isle e interpretado por primera vez en la logia de los Caballeros Francos de Estrasburgo, el actual Himno Nacional de Francia).

El mismo Felipe Igualdad (Felipe de Orleans) en 1793 y tras haber votado a favor de guillotinar a su primo el Monarca y a su prima María Antonieta quiso terminar con la práctica del secreto en la masonería porque según sus palabras “la República es ya un hecho” y “en una República no debe haber ningún secreto ni misterio”. Quizá porque temía que, al igual que él había conspirado contra Luis XVI, alguien podía conspirar contra él. Lo cierto es que la masonería como tal desapareció del escenario poco después. Y que Felipe Igualdad fue guillotinado ese mismo año, después de que su espada ceremonial fue rota en la asamblea del Gran Oriente de Francia.

La Revista *Humanisme*, editada por la Gran Logia de Francia, sentenciaba en 1975 con gran claridad que “es conveniente recordar que la francmasonería está en el origen de la Revolución Francesa”, ya que

“durante los años que precedieron a la caída de la monarquía, las declaraciones de los Derechos del Hombre y la Constitución fueron larga y minuciosamente elaboradas en las logias”. Y naturalmente, desde que fue proclamada la República Francesa se adopta la divisa prestigiosa que los francmasones habían inscrito siempre en el Oriente de su templo: “Libertad, Igualdad, Fraternidad”.

En la actualidad los masones siguen refiriéndose a la Revolución Francesa como La Gloriosa.

La toma de la Bastilla

Algunos episodios de la revolución resultan tragicómicos cuando se analizan a profundidad. Es el caso del famoso asalto a la Bastilla del 14 de Julio que el imaginario colectivo suele retratar como la reacción popular de los ciudadanos franceses, que, enardecidos contra la represión de las autoridades monárquicas, atacaron a la famosa cárcel y la destruyeron después de poner en libertad a los muchos y agradecidos presos políticos que se hacinaban en sus malsanos calabozos. La realidad es mucho menos romántica.

Muchos de los historiadores han demostrado hace tiempo que al populacho no se le ocurrió tomar la Bastilla hasta que no fue incitado a ello por una serie de alborotadores profesionales. El experto Christian Funck Bretano llega a asegurar en *Las Leyendas y Archivos de la Bastilla* que esos agentes fueron contratados por los Illuminati, que movilizaron auténticas bandas de criminales reclutados en Alemania y Suiza para aumentar los desordenes en París en los días previos a la revolución. En todo caso, cuando la turba se presentó ante los muros de aquella auténtica fortaleza exigió sin más a su comandante gobernador, De Launay, que se rindiera y abriera las puertas. Lógicamente el militar se negó y la muchedumbre inició entonces el ataque que el batallón de inválidos encargados de la custodia de la prisión rechazó con facilidad. Este batallón

estaba compuesto por soldados veteranos que habían sufrido heridas de importancia o mutilaciones en actos de guerra; el propio De Launay era cojo por esta causa.

Tras reflexionar someramente, los asaltantes comprendieron que no conseguirían nada por la fuerza y propusieron un trato: prometieron respetar la vida de todos los soldados y dejarlos ir si a cambio entregaban a los presos y abandonaban pacíficamente el lugar. De esta manera se evitaría un derramamiento de sangre inútil. Teniendo en cuenta la situación general en Francia y sobre todo en París, así como la imposibilidad de De Launay de pedir ayuda, este aceptó el trato. Abrió las puertas de la prisión y en ese momento la multitud irrumpió en su interior. Esta aplastó a los soldados por la pura fuerza de su número, los degolló y descuartizó, y paseó después sus restos clavados en bayonetas por las calles de la capital francesa. La misma cabeza del ingenuo De Launay fue pinchada en una pica y llevada a Versalles para exhibirla ante las ventanas del palacio, donde la propia reina María Antonieta la contemplo con horror.

Y todo para liberar a los “*muchos y torturados presos políticos que agonizaban*” en la Bastilla. Según algunos historiadores, en el momento de la destrucción de la cárcel esos reos eran exactamente siete: dos locos llamados Tabernier y Whyte, que fueron reclusos por el régimen republicano poco después en el manicomio de Charenton; el conde de Solages, un libertino juzgado y condenado por diversos crímenes y cuatro defraudadores llamados: Laroche, Béchade, Pujade y La Corrège, todos ellos condenados por falsificar letras de cambio en perjuicio de los banqueros parisinos. Según otros historiadores, había un octavo preso, otro libertino llamado Donatien Alphonse Francois, más conocido como el marqués de Sade, quien precisamente en la Bastilla escribió algunas de sus más famosas obras como *Aline y Valvour*, *Las 120 jornadas de Sodoma* o *Justine*.

Poco después un constructor probablemente masón o illuminati llamado Pierre Francois Palloy propuso dismantelar la prisión para construir con los mismos bloques una pirámide, “a imitación de las construidas por los egipcios”. Nunca sabremos sí este monumento habría incluido un ojo abierto en su fachada, porque el proyecto fue desechado ante sus dificultades técnicas. En los meses siguientes el gobierno encarceló y ejecutó a muchas más personas que el Antiguo Régimen. Eso sí, su propaganda consagró la toma de la Bastilla como un heroico suceso popular.

El irresistible ascenso de Napoleón Bonaparte

Uno de los sectores que había apoyado todo al proceso revolucionario desde el principio había sido el financiero. Obviando el Rothschild, el historiador Albert Matiez señala a Jacques Necker, director general de finanzas y primer ministro con Luis XVI, Érienne Delessert, propietario y fundador de la Compañía Aseguradora Francesa, Nicolas Cindre, agente de cambio y bolsa y Boscary, presidente de la Caisse D’Escompte y titular de varios cargos políticos, como algunos de los más relevantes banqueros implicados. Agotado el período de la Convención, los hombres de negocios ocuparon la práctica totalidad de los puestos de importancia en la administración republicana.

La Revolución Francesa degeneró finalmente en uno de los momentos más dramáticos de la historia de ese país: la dictadura impuesta por el Terror jacobino, consagrada en el decreto del 14 Frimario o diciembre de 1793, que suspendía la Constitución, la división de poderes y los derechos individuales. Todo ello sumado a la creación de un tribunal revolucionario sumarísimo, llevó al primer ensayo de régimen totalitario en la Europa moderna. Pese a presumir de su carácter anticlerical y antimonárquico, lo que incluía la persecución de la nobleza, una categoría contraria por naturaleza al ideal de igualdad, se calcula que el número de víctimas

mortales durante este período no bajó de las 40,000 y, de ellas, un 70% fueron trabajadores y otro 14% gentes de clase media. Sólo el 8% fueron de origen noble y otro 6% pertenecía al clero. Buen ejemplo del tratamiento que los líderes revolucionarios dieron a las mismas masas que los encumbraron fueron las matanzas de La Vendée donde la Convención se propuso “exterminar a los bandoleros para purgar completamente el suelo de la libertad de esa raza maldita”. La palabra *bandoleros* era un eufemismo para referirse a toda la población.

En un primer momento, los habitantes de La Vendée habían apoyado el levantamiento siguiendo la inercia general y creyendo las promesas de prosperidad y felicidad que traería la caída de la monarquía. Sin embargo, la sucesión de calamidades, miseria y arbitrariedades políticas que se sucedieron a partir del triunfo del régimen republicano acabó por desencadenar una insurrección de los independientes y orgullosos pobladores de la región. La Convención no se podía permitir ningún tipo de reacción que pusiera en peligro el futuro del inestable régimen, así que envió al ejército a la zona, señalando en uno de sus pronunciamientos públicos que “se trata de despoblar a La Vendée” hasta el punto de que “durante un año ninguna persona, ningún animal encuentre subsistencia en ese suelo”.

La brutal represión y las consiguientes matanzas de hombres, mujeres y niños se extendieron bastante tiempo después que la rebelión fuera formalmente aplastada, como demuestra la masacre de Nantes, en la que centenares de personas fueron ahogadas después de ser amarradas a embarcaciones que posteriormente hundieron.

Al fin, y como suele suceder en estos casos, la Revolución Francesa acabó devorando a sus propios hijos y el ideal de fraternidad estalló definitivamente en mil pedazos cuando empezaron a sucederse las traiciones entre dirigentes. Herbert, por ejemplo, fue guillotinado con el visto bueno de Danton, pero éste subió al patíbulo más tarde empujado por Saini-Just y Robespierre, quien, según algunas investigaciones, había sido

designado en persona por Adan Weishaupt para conducir la revolución, al menos hasta entonces. Las cabezas de estos también rodarían en la denominada Reacción de Termidor, que desembocó en el Directorio, constituido por masones como Joseph Fouché o el vizconde de Barrás, este último también aparece, según varias fuentes, como miembro de los Illuminati. Fue el encargado de elegir a Bonaparte para dirigir al ejército francés, pese a su juventud.

Después llegó el golpe de Estado del 18 y 19 Brumario, 9 y 10 de noviembre, de 1799, en que la figura más visible y gran protagonista fue Napoleón, en aquellos momentos un héroe popular tras sus victorias en las campañas militares contra los enemigos europeos de la Revolución Francesa. Napoleón había ingresado durante su campaña de Italia en la logia Hermes de rito egipcio, aunque según otros autores ya había sido iniciado en una logia marsellesa de rito escocés cuando era un oscuro teniente del ejército. Durante su mandato, siempre se rodeó de masones, algunos de ellos en contacto directo con los Illuminati. Su propio hermano José, al que impuso como rey de España, donde recibió el apelativo popular de *Pepe botella*, llegó a ser Gran Maestre. En fecha tan simbólica como la Nochebuena del mismo 1799, impuso la nueva Constitución, que estableció el Consulado y permitió que una paz relativa se fuera instalando en el interior del país. A cambio utilizó las energías bélicas aún latentes para su propio beneficio, construyendo el ejército más poderoso de su época y lanzándolo a la conquista de Europa.

Al principio, el emperador sumo una victoria tras otra, y no todas ellas fueron de índole militar. En 1810, por ejemplo, confiscó uno de los documentales más preciados, para una organización como la de los Illuminati, los Archivos Vaticanos que fueron trasladados a París. Se habla de varios miles de valijas con documentación de todo tipo. La mayor parte fue devuelta tiempo después, pero no toda. Finalmente y tras haber derrotado a todos sus enemigos, las tropas napoleónicas fracasaron en los extremos de Europa: En España, donde las guerrillas y la resistencia

popular propiciaron las primeras derrotas de los hasta entonces invencibles granaderos, y, sobre todo, en Rusia, cuya campaña concluyó en un desastre absoluto cuando los rusos incendiaron el Moscú recién conquistado, y, con la ayuda del “General Invierno”, forzaron a la expedición francesa, carente de pertrechos, a iniciar una agónica retirada. Se dice que algunos dirigentes Illuminati juraron odio y venganza contra el pueblo ruso y su Zar por haber dado al traste con sus planes.

Las guerras napoleónicas reportaron grandes beneficios al entonces denominado Sindicato Financiero Internacional, en el que figuraban prohombres como Rothschild, Boyd, Hope o Betham. Para empezar, sólo dos meses después de la llegada de Napoleón Bonaparte al poder nació el Banco de Francia. Esta institución privada cuyo presidente y administradores no eran nombrados por la Asamblea Nacional, sino por los accionistas minoritarios, recibió desde el principio un trato notable de la nueva Administración: ejerció el privilegio de recibir en cuenta corriente los fondos de la Hacienda Pública y, tres años más tarde, también solicitó y obtuvo la facultad exclusiva de la emisión de papel moneda. Este sistema de control financiero y por tanto económico y a la larga político de las naciones fue exportado en años sucesivos a otros países europeos.

El historiador británico McNair Wilson asegura que la verdadera razón de la caída de Napoleón fueron las medidas que este tomo contra los intereses comerciales de los banqueros al organizar un bloqueo total contra Inglaterra, a la que siempre consideró la principal potencia enemiga. En esto coincide con el análisis de otros investigadores, según los cuales, Bonaparte no fue más que un instrumento en manos de los Illuminati. Su misión consistía en edificar una Europa unida bajo su autoridad, basada a su vez en los principios inspiradores de la Revolución Francesa, pero fue retirado del juego cuando no sólo fracasó en la campaña de Rusia, sino que empezó a tomar sus propias decisiones en lugar de acatar las órdenes que recibía en secreto. Es un hecho que los hermanos Nathan y James

Rothschild financiaron los ejércitos del duque de Wellington, a la postre el gran vencedor de Napoleón en el campo de batalla.

De cualquier manera, durante el imperio napoleónico comenzó un nuevo ciclo que permitió la expansión de los principios revolucionarios, y también los de los Illuminati, hasta el último rincón del viejo continente. Aunque su aventura finalizara de forma diferente a como había sido diseñada en la sombra, lo cierto es que, cuando el pequeño corso cayó definitivamente, el antiguo orden europeo había quedado destruido por completo.

Los Illuminati se dieron por contentos con la experiencia adquirida y permitieron una reordenación temporal del asolado continente europeo, en el que se redistribuyeron los territorios conquistados a fin de conseguir un mínimo equilibrio de poder entre las potencias triunfantes. El Congreso de Viena sólo fue la cara visible de las negociaciones bajo cuerda que sirvieron entre otras cosas para consolidar la restauración de la monarquía en Francia con un débil Luis XVIII al frente de la Institución y para señalar a Suiza como el país neutral por excelencia a fin de servir mejor a los intereses financieros.

Entre tanto, los tres monarcas más importantes del momento, el Zar Alejandro I de Rusia, Francisco II de Austria y Hungría y Federico Guillermo III de Prusia, firmaron en setiembre de 1815 la Santa Alianza, un pacto por el cual se comprometían a ayudar a cualquier rey que se comprometiera a defender los principios cristianos en todos los asuntos del Estado, haciendo de ellos “una hermandad real e indisoluble”. Todos recordaban muy bien lo que le había ocurrido a Luis XVI y a su esposa María Antonieta y ninguno deseaba que volviera a desatarse, ni en sus respectivas naciones ni en el resto de Europa, otro proceso revolucionario similar. Ninguno sospechaba tampoco, que el ministro austriaco de Exteriores, el príncipe Klemens Furst von Metternich, el llamado *árbitro de la paz* en el Congreso de Viena, fuera un agente más de los Rothschild.

Los intentos posteriores de recomposición política sólo sirvieron para causar sucesivas convulsiones y nuevas revoluciones que salpicaron además al continente americano y acabaron conduciendo a la tremenda hecatombe que comenzó aquel caluroso verano de 1914.

Hay dos historias, la oficial, embustera, que se enseña ad usum delfini, y la real, secreta, en la que están las verdaderas causas de los acontecimientos: Una historia vergonzosa.

Honoré de Balzac

La Herencia de Weishaupt

Estudiando la evolución de los acontecimientos, resulta obvio que los Illuminati no desaparecieron tras su “destrucción” oficial. En general, todos sus dirigentes resultaron ilesos y la mayoría de ellos permanecieron activos hasta el final de sus vidas, bien a través de su labor en las logias masónicas en Europa y América, influyendo en los sucesivos acontecimientos revolucionarios, bien organizando nuevas sociedades de las que apenas nos han llegado algunos rumores sordos. Lo que parece claro es que si alguno de ellos todavía no había comprendido la importancia del secreto, a partir de entonces éste se transformó en condición sine qua non para todas y cada una de sus actividades. Eso implicaba ocultar la propia pertenencia a la orden a todos los que no estuvieran iniciados en la misma o a los que se quisieran reclutar, incluso a los propios familiares. De esta forma, los Illuminati lamieron sus heridas en la oscuridad mientras reflexionaban sobre los errores cometidos en su primer asalto al poder y perfeccionaban el plan para el segundo.

La formula de Hegel

Si los planes de conquista mundial de Weishaupt no se habían hecho realidad con la Revolución Francesa, fue tal vez por dos motivos. Primero, porque aún no contaba con el número suficiente de conjurados para abarcar todos los frentes. El mundo conocido se hacía más y más grande cada día que pasaba, a medida que la exploración y la colonización en los

siglos XVIII y XIX extendían las fronteras occidentales. Es probable, por otra parte, que si el lugar de operaciones se hubiera limitado a Europa como en siglos precedentes, se habría podido alcanzar el objetivo previsto. Y segundo, porque carecía de un buen plan para movilizar a las masas ignorantes en apoyo de sus ideas.

En efecto, los Iluminados de Baviera comprendían que cuanto más grande fuese un grupo de gente, más fácil resultaba manipularlo; sobre todo cuando sus integrantes están convencidos de que viven en un régimen protector de sus libertades y por tanto abdican de su individualidad y su responsabilidad en el Estado. Pero en su época no disponían de medios para transmitir sus mensajes. No existía todavía el cine, la televisión, o Internet...y la lectura de periódicos y libros se limitaba a las clases altas de la sociedad. Por tanto, la única forma de llegar a las masas para convencerlas de las bondades del plan iluminista y sobre todo para evitar que dejaran de apoyarlo por cansancio o por miedo, era a través de agentes investigadores en los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones sociales. Ahora bien, resultaba hartamente difícil unificar la estrategia ante el elevado número de personas que debían disponer de las directrices, que, además, cambiaban con cierta frecuencia.

En 1823, un profesor y filósofo alemán llamado Georg Wilhelm Friedrich Hegel solucionó éste problema. El famoso discípulo de Emmanuel Kant estudiaba en el Seminario de Tubinga cuando se desató la Revolución Francesa. Desde el principio Hegel se sintió entusiasmado por los valores y el espíritu que transmitía ese acontecimiento sin precedentes en la historia de la Europa moderna. Es más, durante toda su vida celebró el día de la toma de la Bastilla como si se tratara de su propio cumpleaños. El joven Hegel había hecho de la *polis*, el concepto griego de ciudad su ideal personal. En su opinión, el hombre no necesitaba pensar en el más allá o en otros mundos para ser feliz, porque los ideales de belleza, libertad y felicidad podían materializarse en esa misma *polis*. Las primeras noticias procedentes de París le hicieron pensar que lo que intentaban los impulsores de la revolución era construir conscientemente en Francia lo que los antiguos griegos habían disfrutado simplemente por vivir en ese momento histórico. El hombre pasaba a ser el centro definitivo del universo, sin necesidad de utilizar la muleta de ninguna divinidad.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y quedaba claro que los bellos ideales del principio se transformaban en una orgía de sangre y horror hasta desembocar en una autentica dictadura, los ánimos de Hegel se enfriaron. Al final de su vida seguía recordando con nostalgia el espíritu de la revolución y, con horror, su materialización. Intentó explicar lo ocurrido afirmando la contradicción de intentar imponer la libertad. Los revolucionarios, en nombre del ideal universal de la libertad *“han negado las particularidades de los franceses comunes y en especial su fe cristiana. Al negar lo particular, por lógica lo universal termina particularizándose también. Para mantener la totalidad no se puede negar algo, sino incluirlo. Lo universal debe incluir todas las particularidades”*.

Hegel acabó elaborando un nuevo tipo de lógica, *la dialéctica*, que reúne a los opuestos en una nueva síntesis que los abarca y los supera a ambos. En su opinión, esta lógica regía tanto al pensamiento humano como a la propia naturaleza.

¿Cómo se podía aplicar semejante razonamiento en el caso de los Illuminati?. Según Hegel, la existencia de un tipo concreto de gobierno o sociedad, llamada tesis, acabaría por fuerza provocando la aparición del opuesto; es decir, una sociedad contraria llamada antítesis. Tesis y antítesis comenzarían a luchar entre en cuanto tuvieran el menor contacto, puesto que la existencia de una amenazaba la existencia de la otra. Si ambas luchaban durante un largo período sin que ninguna de ellas consiguiera aniquilar definitivamente a la otra, la batalla evolucionaría hacia un tercer tipo de sociedad diferente constituida por una mezcla de las dos, un sistema híbrido llamado síntesis, que acabaría por absorberlo todo, por universalizar la sociedad.

Aplicando esta lógica a la historia de Europa, los Illuminati comprendieron que, en efecto, en los conflictos entre sus pueblos y naciones siempre se había producido el triunfo de una tesis sobre otra hasta desembocar en la sociedad de su época: una síntesis que abarcaba las sucesivas herencias paganas, grecorromanas y cristianas acumuladas durante tantos siglos y que, dominada por el cristianismo, la monarquía y la libre empresa, se agrupaba genéricamente bajo el nombre de sociedad occidental.

